

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 12 de *la Moda*.

1869. — Tomo XXXIII.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administración general, passage Saulnier, número 4, en París.

AÑO 28. — N° 858.

SUMARIO.

Aspecto de la calle del Croissant en París, la noche del 24 de mayo; grabado. — Revista española. — Bancel y Gam-

beta, nuevos diputados de París; grabados. — M. Thiers, votando en la sección de la calle de San Jorge; grabado. — Revista de París. — Poesías. — Las elecciones generales de 1869 en París; grabados. — La Exposición de Bellas Artes de

1869; grabados. — Manuela, novela original por Eugenio Díaz. — La Caridad, por Damourette; grabados. — La Damsela del castillo, cuento por don Victor Balaguer. — Las elecciones en Francia en 1869, por Bertall; grabado.



Las elecciones de 1869. — Aspecto de la calle del Croissant, en París, la noche del 24 de mayo.

Revista española.

La víspera del Dos de Mayo. — La funcion. — La romería de San Isidro. — Pan y Toros. — El Corpus. — Dichos y hechos. — Un problema. — Hastío político. — Un buen programa. — Misterios de la vida de un autor dramático. — Multas de los ministros. — El duque de la Torre.

La víspera del Dos de Mayo giraba en Madrid la conversación sobre dos temas completamente opuestos.

La alegría, el entusiasmo, la confianza inspiraban á unos.

El temor á otros.

— ¿A dónde va Vd. tan de prisa, maestro? decía uno á otro, parándole en la calle.

— Adónde he de ir, á casa del sastre.

— ¿No ha concluido la levita?

— Sí, pero me estaba estrecha.

— Pues yo lo tengo ya todo: levita, pantalón, sacha-có, cartuchera.

— Voy, voy, que hoy tiene muchas prisas el sastre, porque son muchos los milicianos que desean estrenar uniforme, y yo quiero ser uno de tantos.

— ¡Estoy desesperado! decía otro.

— ¿Pues qué le pasa á usted?

— Una gran desgracia... Se me ha puesto enferma...

— ¿Su mujer de usted?

— No, mi yegua...

— ¡Bah! no se apure Vd. por tan poca cosa.

— Es que la necesito para la formación.

— Alquile Vd. un caballo.

— ¡Yo alquilar un caballo!

— Pues pídale Vd. al conde.

— Hombre, es verdad... voy ahora mismo... adios.

— ¡Juana! ¡Juana!

— ¿Qué quiere Vd., señorito?

— Mañana despiértame á las cinco.

— ¿Para estudiar la lección?

— No, mujer, para limpiar el fusil y la cartuchera.

— Pedro lo haría.

— ¡Es un zopenco!... No, no quiero que me tenga nada que decir el cabo... ¡Ah! que me compre usted polvos...

— ¿De qué?

— De... de... no me acuerdo.

— Traeré polvos de Segovia.

— Lo mismo da.

Mientras pasaban estas y otras escenas parecidas que demostraban el entusiasmo con que los milicianos se preparaban á solemnizar la funcion cívica, los rumores que circulaban habían llenado de temor á otras muchas personas.

— ¿Va Vd. mañana al Dos de Mayo?

— Iré muy tempranito, y luego á casa.

— ¿Por qué?

— Se dice que habrá algo.

— Yo lo creo, habrá gente, misas en el *Dos de Mayo*, responso, procesion.

— Y jaranas.

— No lo crea usted.

— Pues si aseguran que van á tirar cuatro millones en pesetas nuevas.

— Bueno está el país para tirar millones.

— Y luego dicen que si habrá ó que si no habrá... Ya ve Vd., con solo un tiro que se dispare; con que algún ratero haga de las suyas, habrá carreras con profusion y no... no... ¡Dios me libre! Me estaré en mi casita, y allí me las den todas.

A pesar de estos rumores, por la mañana y por la tarde estuvieron muy concurridos el *Dos de Mayo* y la plaza de Monteleón.

La procesion fué muy lucida, y solo hubo un suceso que pudo ocasionar serios conflictos.

Unos oficiales de la milicia tuvieron sed y entraron en una casa de bebidas de la calle de Bordadores.

Allí había unos paisanos, estos y los voluntarios cambiaron algunas palabras, y el resultado de todo fué un tiro, que hirió á un jóven oficial del batallón de voluntarios de Chamberí.

Al oír el disparo, la gente se asustó, hubo carreras, y no faltó quien dijera que se había proclamado la república federal.

Pero pronto se disiparon estas dudas.

Los curiosos vieron un coche precedido de batidores y seguido de una lucida escolta.

Era el marqués de los Castillejos con su primogénito el vizconde del Brisch.

Poco despues pasó el duque de la Torre, como un simple mortal, en un coche vulgar y sin escolta.

En resumen, la fiesta fué magnífica, y los milicianos se lucieron en la procesion.

A la fiesta cívica, trece dias despues, siguió la fiesta popular, la romería de San Isidro.

Las empresas de los ferro-carriles rebajaron los precios de los billetes, y se llenó Madrid de forasteros.

Parece mentira que estando como estamos sobre el volcan de las pasiones políticas, tengan tanto humor de divertirse los españoles.

La romería del santo patron de Madrid y los toros daban á la poblacion una fisonomía lo mas risueña del mundo.

Si hubiérais estado el dia 16 por la tarde en la Puerta del Sol, hubiérais dicho:

— ¡Qué felices son los españoles! Millares de madi-

leños y forasteros tomaban por asalto los omnibus que partian con direccion á la pradera de San Isidro, y los que por opuesto lado se encaminaban á la plaza de Toros.

A pié se dirigian millares de personas de todas clases hácia el circo taurino, y en sus palabras y en sus alegres rostros se revelaba la mas profunda felicidad.

Pronto hará un siglo que la famosa frase *Pan y Toros* se hizo el retrato del pueblo español. Desde entonces acá hemos progresado: la frase ha dado un estiron y se pronuncia así: *Pan, toros y políticos*.

Y en verdad que mas vale esta propension á la alegría, que la ferocidad que engendra el mal humor.

El mes de mayo ha sido un mes de fiestas.

Detrás de San Isidro vino el Corpus.

La procesion se verificó con gran solemnidad; pero el paseo bajo los toldos, que es uno de los grandes atractivos de la solemnidad, se aguló.

Una lluvia torrencial obligó á las bellas á retirarse á casa sin lucir sus galas.

Y á propósito, parece mentira que haya tanto lujo al mismo tiempo que todo el mundo se queja de la situacion financiera general y de la particular.

Oigan Vds. *dichos y hechos*.

— ¡Qué país! dice uno.

— Valia mas ser café, exclama otro.

— Calle Vd. por Dios... ¿en dónde se ve lo que en España?

— No hay estabilidad.

— No hay seguridad.

— Ni autonomía.

— Y la cuestion económica, ¿en dónde me la deja usted?

— No hay dinero.

— Ni trabajo.

— ¡Esto es espantoso!

— ¡Terrible!

— ¡Asolador!

— ¿Con que el domingo irémos á probar los caballos que quiere Vd. comprar para su coche?

— Hombre, sí; con eso veremos una casa de campo que hay en Chamartin.

— Ya la he visto yo y la hubiera comprado, porque es muy linda; pero como pienso llevarme la familia á Biarritz.

— Pues yo me voy mas lejos.

— ¿A París?

— No, señor, á Niza.

— ¿Y qué tal la francesa, don Cristóbal?

— Buena muchacha, pero le gustan demasiado los diamantes.

— Eso es lo que le conviene á Ansorena.

Variemos de decoracion.

— ¿Con que qué opina Vd., don Homobono? ¿Vendo el papel ó no? dice un señor mayor que está envuelto en su bata de muselina.

— Yo por mí no me atrevo á aconsejarle... contesta el interpelado... Esas son cosas muy delicadas... pero si tuviera papel, lo venderia.

— ¿Por qué?

— Porque el horizonte de la Europa está oscuro...

— Sí, pero tambien perder...

— Mas vale perder veinte que treinta.

— Sin embargo, en España ya no hay miedo.

— Qué quiere Vd. que le diga.

— El orden está asegurado.

— No lo niego, pero...

— ¿Qué? Vamos, hable usted.

— Yo no aconsejo, pero repito que venderia...

— Nada, venderé.

— Si al fin se decide Vd., yo tengo un primo que se ha empeñado en arruinarse.

— ¿Y compra?

— Sí, señor... le hablaré; y como no le gusta dar la cara, haremos el negocio Vd. y yo sin que necesite usted ir á la Bolsa.

— Pues nada, es cosa hecha.

Otro cambio... de decoracion.

— ¿Es decir, que Vd. cree, señor don Luis, que la paz es segura, que habrá pronto monarca y que subirá el papel?

— Lo menos á 50.

— ¿Que no se alterará el orden?

— Al contrario, empieza una nueva era. Ya sabe usted que tengo poderosos motivos para saberlo, por estar casado con una sobrina del cuñado de la prima del secretario particular del ministro de...

— Pues, señor, yo no pienso como Vd. Estamos en un momento de tregua; pero la calma es precursora de la tempestad.

— Créame Vd., don Juan, esto se ha quedado como una balsa de aceite.

— Dichoso Vd. que no se asusta.

Pasan dos dias.

Don Luis y don Juan vuelven á verse.

— Amigo don Luis, tenia Vd. razon, exclama don Juan, España es un paraíso.

— ¿Está Vd. en su juicio?

— Sí, señor... no hay un país mas feliz en la tierra.

— Padece Vd. el mismo error que yo, cuando nos vimos la última vez.

— No, señor, no estaba Vd. equivocado.

— ¿No ve Vd. como todo el mundo se marcha de Madrid?

— A mudar de aires, y eso es la prueba de que hay mucho dinero. Dentro de poco nadaremos en oro.

— Dios le oiga á usted.

— A propósito, ¿quiere Vd. algo para Ecija.

— ¿Se va usted?

— Sí, señor, me han dado un destino allí.

— Pero si aquello es una sarten.

— Con treinta duros al mes es un oasis.

De todo esto resulta que cada cual ve las cosas bajo el punto de vista de sus intereses, y que aunque hay mucho miedo, no falta dinero.

No quiere decir esto que la situacion del país inspire confianza. Nada de eso.

Las cosas no han mejorado desde mi última revista. Hoy como ayer estamos enfrente de un problema.

Muchos son los que quieren resolverlo.

Por una parte, la mayoría de la Cámara quiere una monarquía democrática, pero no logra esta mayoría ponerse de acuerdo respecto de la persona del monarca.

De este desacuerdo nace como consecuencia inmediata la descomposicion de la mayoría.

Unos quieren la regencia, que es una nueva fase de la interinidad; otros avanzan hácia el campo republicano.

Los republicanos que, por estar unidos, tienen fuerza, aprovechan las dudas de los monárquicos y ganan terreno.

Al mismo tiempo, los partidarios de la restauracion engruesan sus filas con los que ayer querian libertad y orden, y hoy se conforman con orden solo.

Los que vuelven los ojos al pasado y no disciernen, dicen á cada instante: «Aquello era mejor que esto.»

Y al lado de todas estas aspiraciones, la cuestion religiosa se presenta amenazadora.

Y bien, ¿sabeis qué es lo que quiere la mayoría del país al verse al borde del abismo?

Pues quiere algo: hoy no ve nada.

Quiere que la monarquía, que lo que venga sea fuerte, muy fuerte, la fuerza que nace de la justicia.

Por mi parte creo que la libertad no es libertad si no la defiende la fortaleza; creo que las revoluciones necesitan dictaduras, y no temo ni á las leyes severas ni á los hombres rígidos, porque los ciudadanos honrados, los que cumplen todos sus deberes, inspiran respeto hasta á los mismos tiranos.

Indiferentes en la cuestion de personas, los que piensan como yo no se preocupan del jefe que han de tener. Su nombre es lo de menos. Sus actos son lo de más. ¡Ah! si los hombres políticos fueran como ellos, si la envidia ó el egoismo no estimulase á su talento, tranquilo esperaria la solucion.

Pero todos se agitan, y deseoso de calmar la agitacion, he dirigido á mis compatriotas ciertas observaciones que voy á reproducir, porque además de caracterizar la situacion del país, tienden á destruir la pasion política que domina en la actualidad. ¿No están Vds. ya hartos de política? les preguntaba yo. Llega la noche, entran Vds. en su casa, salen los chiquitines á su encuentro, el uno pide que le cojan en brazos, el otro se apresura á contar una picardía que ha hecho su hermano, su madre y esposa de Vds. les cuenta las gracias de los chicuelos; ven Vds. á su familia rebosando salud, y saben Vds. que por efecto de sus ahorros ó del orden con que emplean su fortuna, no les falta una docena de onzas.

Ante este cuadro y estas ideas se olvidan Vds. de las impresiones del dia, juegan con los niños, se recrean en su hogar, juegan un tresillo con dos amigos de confianza, las señoras hablan de trajes ó de criadas, dan las diez, se despiden los amigos, cenan Vds. con buen apetito y se van á dormir.

Siete ú ocho horas se pasan pronto, el sueño ha sido tranquilo, se asoman Vds. al balcon y ven un cielo despejado, los pajarillos cantan en los árboles, la brisa impregna el aire del perfume de las flores del campo. ¡Qué felicidad!

Pero llega el correo para los que están fuera de Madrid, y gritan los vendedores para los madrileños: *el Boletín de las Cortes con toda la sesion de anoche*.

Han jurado Vds. el dia anterior no leer periódicos ni averiguar nada de lo que pasa en la esfera política.

Vano juramento: leen Vds. la sesion lo primero, se enteran Vds. despues de las noticias, de los comentarios, de las esperanzas, de los temores que los partidos y sus órganos tienen.

Como la verdad es que esto no marcha, porque cuando muchas fuerzas se encuentran contienen las unas á las otras, hasta que la mas poderosa destruye á las demás; como cuando menos, estas fuerzas nos tienen hoy por hoy estacionados ¿qué resulta? Que viene un hijo á decirles á Vds. un gracia y le echan con cajas destempladas. El angelito se va llorando, y su madre, que no entiende de política, les reconviene á Vds. Vds. que están disgustados por las cosas de la política y por la conducta de Vds. para con el pobre niño, se irrita mas.

La esposa, que proyectaba pedir á Vds. permiso para comprarse un adorno ó un traje que necesitaba, al verlos enfadados, calla, y cuando la mujer calla, anda la procesion por dentro, y cuando anda la procesion por dentro, se pega con la antigua criada, la cual llora y se va, dejándoles á Vds. aviados.

No es esto solo: el dia anterior pensaron Vds. emprender un negocio, para aumentar honradamente su fortuna; pero ante la perspectiva que ofrece la política, renuncian Vds., se entregan dentro de una ociosidad forzosa, de una expectativa estéril, á dolorosas consideraciones.

Aburridos en casa, salen Vds. á la calle y encuentran á los noticieros.

— Prim apadrina al príncipe Don Alfonso, dice uno.

— Prim desea hacerse presidente de la república, añade otro.

- Serrano y Prim no se saludan.
- Se forma directorio.
- Hay crisis.
- Se ha descubierto una conspiración carlista.
- Y otra isabelina.
- Y otra republicana.
- Ya no se puede ir á la iglesia, porque entran en ella hombres dando bofetadas.
- Los curas predicán la guerra.

En Reus han abjurado muchos católicos sus errores y se han hecho adoradores de la naturaleza.

- Se va á construir una sinagoga.
- La Bolsa baja.
- El empréstito no se realiza.
- La mayoría se disuelve.

Y así por este estilo les llevan á Vds. los periódicos, ó les dicen sus conocidos innumerables y terroríficas noticias.

¿No creen Vds. que si no las escuchasen y repitiesen se quedaria reducido el movimiento político á un estrecho círculo? ¿Han visto Vds. alguna vez actores que que hagan comedias con el teatro vacío?

La comedia, que puede muy bien convertirse en tragedia, se representa porque hay público, público que se pelea con el lucero del alba por tener puesto en el teatro.

Esta es la verdad, la triste verdad, razón por la cual estoy de acuerdo con el programa que ha publicado estos días un periódico formulando sus aspiraciones.

¡Abajo los hombres! ¡vivan las ideas! dice el periódico á que aludo.

« Queremos la dinastía del Orden; esta es la esencia de nuestro rey: su manifestación la Libertad.

Para formar el ministerio de este monarca ó presidente de república, que para el caso lo mismo dá, deseamos el concurso de estos personajes públicos.

Presidente sin cartera. — EL PATRIOTISMO.

Guerra. — LA PAZ.

Estado. — LA INDEPENDENCIA.

Hacienda. — LA HONRADEZ.

Gracia y Justicia. — EL DERECHO.

Gobernación. — LA EQUIDAD.

Fomento. — EL TRABAJO.

Marina. — EL COMERCIO.

Ultramar. — LA CARIDAD.

Gobernadores. — UN BANCO HIPOTECARIO EN CADA PROVINCIA.

Fuerzas de mar y tierra. — Las necesarias para sacar el jugo á los campos, hacer productiva la industria y llevar nuestro comercio á todo el mundo.

Nuestra política. — Zapatero á tus zapatos. »

Con este programa, se puede hacer la felicidad de un pueblo.

Pero apartemos la vista de estos cuadros para fijarnos en otros mas amenos.

Un hábil pincel ha hecho el retrato del autor dramático.

En el cuadro aparecen todas sus esperanzas, todas sus amarguras y merece ser conocido.

Justo es que los que van al teatro conozcan los misterios de la vida de esos hombres á quienes aplauden y admiran.

Ved pues, al autor dramático.

Concluido su drama: colocado el punto final que suspende los giros de su fecunda imaginación, desciende de su paraíso al reducido aposento en que se halla, contempla un momento su apurada situación, y tomando el sombrero sale de su casa, con el precioso manuscrito, fruto de sus vigilias, y acude al teatro á visitar al empresario y á llevarle la salvación de sus comprometidos intereses.

Pero aquella mañana es perdida; el empresario está muy ocupado y no es posible hablarle. El poeta espera en la antesala, hecho no ya un Júpiter poderoso sino un pobre diablo, casi pordiosero, aunque su reputación literaria sea de las mas reconocidas.

Fuerza es volver en otros momentos; pero no lo ha perdido todo, porque en el saloncillo del teatro se ha encontrado con uno de los actores mas favorecidos del público.

— ¿Qué trae Vd. por aquí, señor autor? le dice este.

— ¿Qué quiere Vd. que traiga? Tela para darles á ustedes que hacer.

— ¿Alguna comedia?

— No, es un drama del cual estoy muy satisfecho. Por cierto que en él reservo para Vd. un papel de marido burlado.

El actor da un salto porque cree que es alusión.

— Muchas gracias, contesta algo mohino.

— Usted lo desempeñará admirablemente; si estuviese usted algo desocupado le leería algunas escenas.

Y aquí saca del bolsillo el protocolo.

El actor no tiene gran curiosidad, pero no puede menos de oír algunos trozos del drama, y la explicación del argumento, que su autor hace no con mucha claridad.

Excusado es decir que el propósito del poeta es crear atmósfera favorable en el teatro y procurar que las alabanzas del actor lleguen á oídos del empresario y le dispongan á aceptar inmediatamente la obra. Estas lecturas previas, suelen producir efectos contrarios, ya porque los oyentes escuchan distraídos lo que se les lee con el mayor entusiasmo, y no hacen después las mejores ausencias de la obra, aunque la elogié delante del autor, ya porque el criterio de aquellos no es el mas acertado.

Nuestro hombre se levantó aquel día de la cama con el propósito de leer su drama al empresario, y como

este intento no pudo realizarse, se contentó con leerle á todos cuantos amigos y conocidos halló al paso, en la convicción de que todos han de quedar estupefactos. Las consecuencias de tales lecturas suelen ser, el gasto hecho en los cafés, donde convida á sus amigos, en pago de sus elogios y dichosos pronósticos; la satisfacción consiguiente á tales alabanzas, y algun otro nuevo gasto extraordinario que hace el poeta para recompensarse á sí mismo, y como un desembolso hecho á cuenta de los derechos de representación, que indudablemente cobrará dentro de quince ó veinte días.

Al día siguiente lee en un periódico la siguiente gaceta:

« *Drama.* El conocido escritor don Federico Mendoza, ha presentado en el teatro del Circo un drama nuevo del que tenemos las mejores noticias. »

Con tales precedentes vuelve al teatro el tal don Federico una ó dos veces mas, y después de varios preliminares, consigue que el empresario señale el día y hora en que ambos han de avistarse para la lectura de la obra.

No es para explicada la impaciencia del autor en el tiempo que media entre la cita y el instante de la dicha lectura, ni tampoco puede describirse su desesperación en el caso de que, esta se dilate por cualquier incidente imprevisto.

Pero como todas las cosas tienen su término, este llega para el poeta, quien no sin haber sufrido mil interrupciones, consigue dar á conocer su trabajo, al que mediante su voluntad y su buen gusto ha de ofrecerlo al público.

La amabilidad del empresario, la atención con que ha escuchado las interesantes escenas y fluidos versos del drama, son de buen agüero para el poeta. Es indudable que el fruto de un ingenio ha de ser aceptado por la empresa del teatro; porque de otro modo no podrían explicarse las repetidas muestras de aprobación que ha escuchado al terminar uno y otro período.

Llega por fin el momento en que el juez ha de pronunciar su fallo. El autor guarda silencio, y aquel medita las palabras que ha de dirigirle.

— Pues señor, dice al fin, el drama es admirable, maravilloso; desde luego aseguro que alborotará, tiene tipos interesantes, versos inspirados...

El autor arruga el semblante comprendiendo ya después de tan largos y pomposos elogios, no puede menos de venir un « pero... » que de seguro le ha de partir el espinazo. Y no se engaña; oigan Vds. cómo terminan las alabanzas de su interlocutor.

— Pero esta obra es muy difícil de desempeñar y muy costosa; son necesarias decoraciones nuevas, y un vestuario también construido *ad hoc*.

Aquí comienza el poeta á sudar y cambiar de colores como si su organismo se desconcertara. Las dificultades que el empresario comienza á indicar le cierran las puertas de aquel teatro.

— Yo creo, dice con timidez, que si mi trabajo es bueno dará resultados satisfactorios y grandes entradas á la empresa, con las que podrá reintegrarse de los sacrificios que hubiese hecho.

Mas el empresario no se determina á hacer desembolso alguno, necesita hacer comedias de costumbres que se puedan representar sin gastos extraordinarios, y partiendo de esta base, despidió á nuestro héroe, devolviéndole su drama sublime y haciéndole los mayores cumplimientos y agasajos.

El pobre autor dramático vuelve á su casa con calentura. La patrona ó criada se asusta al verle tan sombrío y tan demudado, no atreviéndose á darle una carta que ha traído un caballero; pero no es menester, porque ya la encuentra aquel encima de su mesa y le basta leer el sobre para sentir todo el peso del infortunio.

Aquel día piensa nuestro hombre en el suicidio, habla solo, medita los mayores desatinos. El sofoco le cuesta tres días de cama y una nueva deuda. ¿Qué determinación debe tomar para librarse de sus compromisos? Ya no queda esperanza para él, puesto que solo hay en Madrid una compañía de primer orden que admita su drama, y el teatro en que actúa esta, le ha cerrado sus puertas. El drama es un tesoro cuya explotación es imposible. Es preciso tomar una nueva determinación. Aquí nuestro héroe, caído de su olimpo, desciende á proyectar las empresas mas extrañas.

El que pudiera leer en su pensamiento, sabría que aquel genio, que aquel Apolo que aspira á ser inmortal, está pensando en ponerse al frente de una tienda de aceite y vinagre, ó en pretender un destino ó en dedicarse á tocar la guitarra en la esquina de una calle.

Por el pronto se decide á vender una bonita comedia en dos actos que tenía escrita, para atender con su producto á las imperiosas necesidades del momento.

— ¿Cuánto me da Vd. por ella? dice á un editor vergonzante, que solo vive de usuras y ocasiones.

— No tengo fondos. Si hubiera Vd. venido ayer... Además, esa obrilla no me gusta.

— Sin embargo, la vendería por poco.

— ¿Por cuanto?

— Hombre, por 1,500 reales.

— ¿Qué es lo que dice Vd... Y eso dice que es poco!

— Veamos cuánto me ofrece usted.

— Ya he dicho que no quiero comprar. No obstante, por hacerle un singular favor se la tomaría á Vd., pero no puedo darle mas que 200 reales.

El autor entonces palidece de cólera y sale indignado de la casa de aquel judío. Pero las circunstancias le obligan mas tarde á volver, y después de algunas idas y venidas se cierra el trato, y la propiedad de la comedia pasa al tirano por 25 duros.

Esta obra después de algunos meses consigue el favor del público, se representa muchas noches, y da muy crecidos tantos por ciento al que hizo el favor de comprarla por un pedazo de pan.

¡Qué novela, eh! pues es la realidad.

Voy á terminar mi revista del mes de mayo, contando á mis lectores un rasgo del Poder ejecutivo, y una respuesta de su actual presidente el duque de la Torre.

Han de saber Vds. que en un momento de buen humor los señores que compusieron el Gobierno provisional y hoy nos gobiernan, aunque con otro nombre, acordaron fijar una cantidad como multa, que habia de imponerse al que de entre ellos no asistiese con precisa puntualidad á los consejos de ministros.

Esta idea, puesta en práctica con todo rigor, ha producido una suma de alguna importancia; y los ministros, que pensaban desde luego destinarla á un objeto filantrópico, han juzgado que no podrían darle mejor aplicación que remitiéndola al gobernador de la provincia con destino á los dos proyectados asilos de beneficencia, sin perjuicio de la suscripción individual que verifiquen.

Este es el rasgo; hé aquí la anécdota:

El general Serrano tiene el privilegio de no gastarse. Háblanle hace poco de la Regencia, del *tratamiento* de Alteza, de la *dotación* de tan elevado cargo y de la conveniencia de que habite el regente en el *palacio real*.

— Conténtese el regente, contestó el general, con que no le *traten mal*, con que le *doten* pronto con un rey, y con que no le lleven pronto á albergarse en el *palacio* de Atocha, última morada de los capitanes generales.

¿Habrá inspiración en esta respuesta? ¡Dios lo sabe!

JULIO NOMBELA.

Madrid 31 de mayo de 1869.

Bancel y Gambetta,

NUEVOS DIPUTADOS DE PARIS.

Entre los diputados que han salido electos en Paris en 1869, hay dos, que llaman principalmente la atención, por sus opiniones radicales. De distinto carácter, cada cual con su originalidad, un mismo lazo les reúne, el amor al país y á la libertad. Vamos á trazar rápidamente un bosquejo que dará á conocer al lector la fisonomía de estos dos nuevos diputados.

I.

Desiré Bancel nació en la Drôme, en Valence, donde su padre, médico de fama, y á quien querian mucho los pobres, falleció apenas hace un año. Veinte y cinco tenía él cuando estalló la revolución de febrero; y joven muy instruido á la sazón, estudiaba ardentemente las cuestiones de crédito público, de hacienda, y sobre todo la cuestión capital de la organización del trabajo, que preocupaba tanto los ánimos en aquellos días. La nueva república no contaba un servidor mas fiel. Aquella imaginación juvenil se inflamó al sol de febrero. De alma y corazón era republicano, y lejos de desear una república de exclusiones y de odios, queria ante todo que el nuevo régimen se aceptara por medio de la unión y la concordia.

Se ha dicho que Bancel es un sectario uraño y duro, lo que no es verdad: es hombre firme, pero posee ese no sé qué que hace prosélitos, esa generosidad de pensamiento de los Michelet y los Quinet, á quienes llama sus *maestros*.

En tiempo de la república el elocuente joven empleó su facilidad de improvisación al servicio de sus ideas. Recorrió los pueblos predicando la fraternidad é imponiéndose la tarea de una especie de apostolado de la libertad. Hablaba al aire libre como aquellos jóvenes de los primeros días de la revolución francesa, que debajo de los árboles, á la puerta de las municipalidades, en las plazas de las aldeas, enseñaban al pueblo sus deberes y sus derechos. Su elocuencia viril y persuasiva, tierna también en algunos momentos, arrastraba y seducía á las almas meridionales. Bancel se hizo muy luego popular.

M. Jules Janin ha escrito un hermoso libro con el título del *Internado*, en el que cuenta el destino de un joven que su país aclamó también porque defendía con valor las causas justas. Diríase que en la primera parte (salvo el carácter del padre, pues el anciano Bancel adoraba á su hijo) el autor ha escrito la historia de Desiré Bancel. En las elecciones generales de 1849, el orador popular fué nombrado en el departamento de la Drôme representante del pueblo, y tomó asiento en la Asamblea legislativa, á la izquierda, bajo la tribuna de los periodistas, entre Cholat y Michot. A los veinte y seis años su influencia no podía aun ser decisiva. Sin embargo, en aquella cámara, en que era bastante difícil hacerse oír, Bancel logró que le escucharan. Combatió á la reacción con todas sus fuerzas y entró á formar parte de aquella reunión de la Montaña, cuyo presidente era M. Schœlcher.

El golpe de Estado del 2 de diciembre le envió al destierro.

«¡Cuán amargo es el pan del extranjero!» decía el Dante. Pero también habría podido añadir que es fortificante y sano el viento de la desgracia. Bancel, joven, ardiente, arrebatado por todo el brio de sus veinte y seis años, debía salir del destierro mas poderoso y mas firme. En el prefacio de las *Revoluciones de la palabra* habla de las *saludables tristezas* del destierro, de sus *amarguras fortificantes*. Lejos de su país se encuentra con la humanidad. «No está de sobra todo el mundo para compensar el hogar paterno.»

«Jóven todavía, dice, me educé en esa ruda y fecunda escuela, y mi alma descubrió vastos horizontes, pues no podía ser para mí un castigo.»

Con efecto, Bruselas debía enviar á Paris un orador mas elocuente aun y un tribuno mas escuchado. Profesor de la Universidad libre, el representante francés se hizo hombre en cierto modo, en el territorio flamenco. Estaba lejos de su país, y resolvió acercarse á él estudiándole en su genio, en sus poetas, en sus filósofos. Rabelais, Corneille, Molière, Voltaire, Montesquieu, esos amigos fieles, le siguieron al destierro.

Sus *Arenas y Comentarios*, publicados en casa de Lacroix, nos dan á conocer sus lecciones. Pero es preciso oírlas de boca de Bancel. Con mucha frecuencia la frase toma un acento de una virilidad particular, un colorido, un brillo admirables. Se ha dicho que los auditorios tanto escuchan con los ojos como con los oídos, y Bancel justifica el axioma. Su ademán es sobrio: su mano derecha acentúa claramente su discurso; y á veces también, con los brazos cruzados sobre el pecho,



M. Bancel, diputado por la 3ª circunscripción de Paris.

el orador parece comprimir un fuego interior que brota repentinamente como un río de lava.

La fisonomía de Bancel es ya popular. Medio desconocido, ó lo que es peor, medio olvidado hace seis meses, ha conquistado Paris por su energía y su resolución tan llenas de calma. Ese hombre de aspecto sólido y robusto, de anchos hombros, de aire bondadoso y firme, de color moreno, con la barba algo cana, se transforma cuando habla; ese tribuno de voz simpática recobra muy luego posesión de la fama que merece. Es que á la verdad, su palabra es irresistible. Su palabra apasionaba á los belgas, tan flemáticos no obstante, y que gustosos habrían resistido al entusiasmo extranjero. Pero la voz de libertad resuena siempre bien á los oídos de ese pueblo libre, y Bancel la acentúa con emoción y amor.

Paris y Lyon le han nombrado á un tiempo. Bancel se felicita de su doble triunfo; pero habría querido representar á Valence, su país amado, y que corresponde á su afecto. La minoría que ha obtenido en su circunscripción es considerable. Pero los campos han deshecho la obra de la ciudad. Los aldeanos á quienes hablaba Bancel hace apenas un mes, lloraban sin embargo, interesados por la ternura y virilidad que á la par constituyen el carácter mas notable de su talento oratorio. Cuando cansado con tantos días de lucha, con tantos discursos, reuniones y viajes, Bancel, no obstante su robusta constitución, cayó con calenturas en Valence, un amigo fué á buscarle, para que viniera á Paris á toda prisa, pues habían surgido dificultades en su circunscripción.

Bancel siguió al amigo, pero los habitantes de Valence, atajándole el camino, quisieron ope-



Las elecciones de 1869. — M. Thiers, votando en la sección de la calle de San Jorge.

nerse á su repentina marcha:
— No, no, decian, le tenemos aquí y no queremos cederle á los parisienses.

Ese era el grito de aquella muchedumbre ebria con la palabra del hijo del pais.

Bancel tiene el humor francés, el talento simpático, el talento claro y osado de los dantonistas.

Es, literalmente hablando, un Danton mas correcto, mas moderado, menos retumbante. Por lo demás, la comparacion, como todas las comparaciones, es justa á medias; Bancel es, ante todo, de su época, es el tribuno del progreso; en suma, es un hombre.

II.

Leon Gambetta tiene diez años menos que Bancel; y aunqte joven, irá á sentarse con una incontestable autoridad al lado de los combatientes de la primera hora, de los Jules Simon, los Pelletan, los mas queridos y los mas ilustres. Gambetta se impuso en un dia, en una hora. Camilo Desmoulius pasa el 13 de julio por el Palacio Real, se sube en una mesa, lanza un grito y se hace popular. Tambien Gambetta lanzó un grito, y Paris le envió á la Cámara.

Conocemos particularmente á Gambetta y podemos decir que es una naturaleza franca, expansiva y que agrada por ese magnetismo de la franqueza. Habla y se arrebata: tiene las explosiones de la alegría viril, y tambien la ciencia, la ciencia de los hombres y de las cosas. Su elocuencia, llena de hechos y de lecturas, ondea, si podemos hablar así, como una bandera agitada por un viento de tempestad. Es un letrado que hierre con gran fuerza, porque el estudio le ha enseñado



M. Gambetta, diputado por la 1ª circunscripcion de Paris.

á ver bien las cosas. Voluntad firme que no está exenta de dulzura. En la Cámara sabrá dominar el ruido de su voz tonante, para reducir al silencio á sus adversarios; pero se verá que en ese tribuno hay un hombre político, y que cuando llegue la ocasion, sabrá conducir una discusion con habilidad suma.

Gambetta es un hombre muy apasionado; pero no por esto la reflexion deja de representar un papel en su vida. ¡Qué temperamento de combatiente, y sin embargo, qué voluntad tambien!

Se cuenta de él un hecho, quizá una fábula, que dando á conocer al niño pinta ya al hombre. En Cahors, donde ha nacido Gambetta, todos lo saben de memoria

Gambetta entró por orden de su padre en el seminario de Montauban, cerca de Cahors, y allí se aburría, con ese enojo profundo que sienten los colegiales y los prisioneros. Un dia el padre recibió esta esquelita:

« Si no vienes á buscarme, me hago saltar un ojo. »

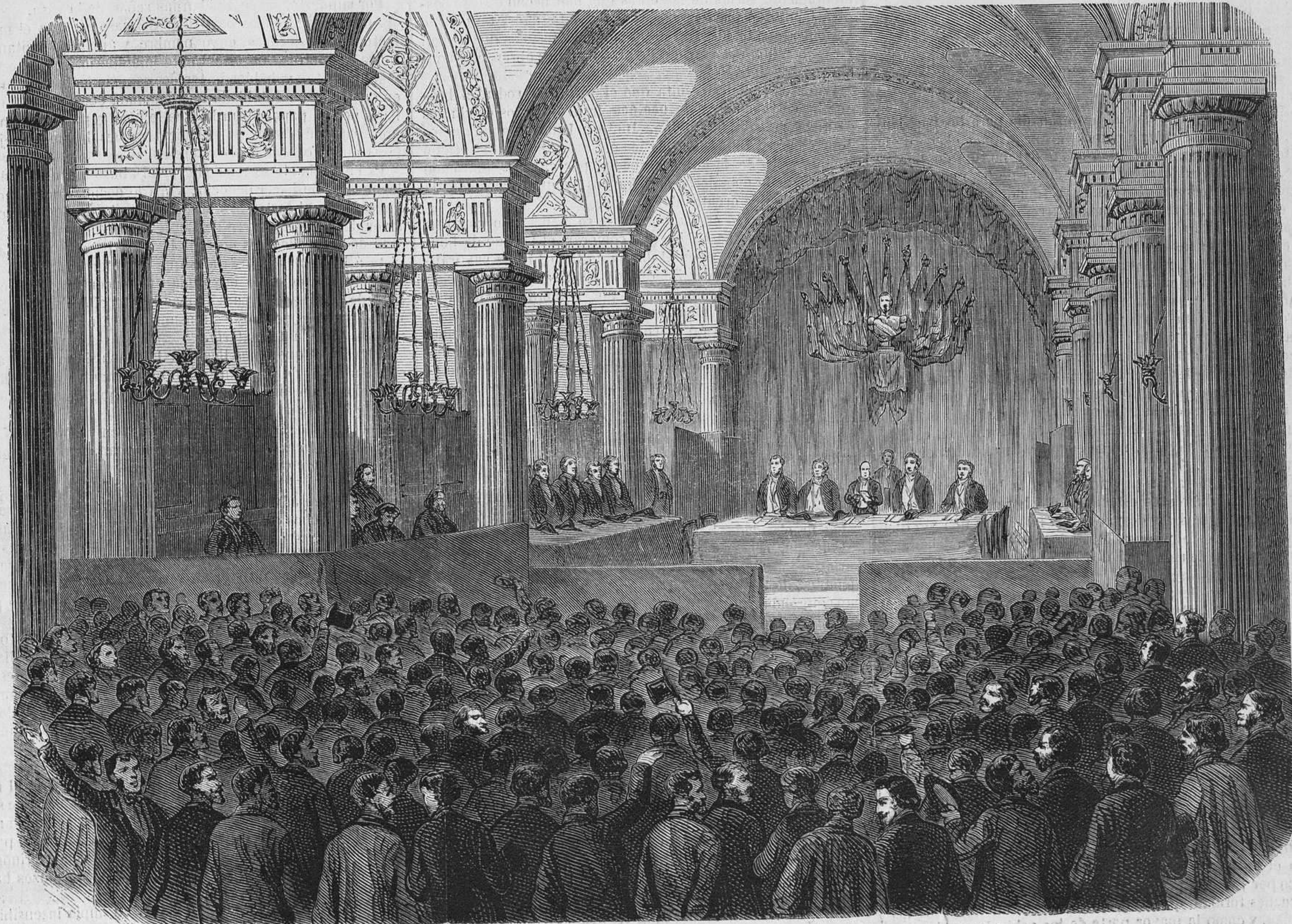
¡Qué locura! Su padre se encogió de hombros y no respondió; pero hé aquí que dos dias despues abria una carta en la que el superior del seminario le daba la triste nueva de que el muchacho no habiendo recibido la contestacion que esperaba, se habia herido en el ojo con un cortaplumas.

El padre acudió al instante, y resultó que la cosa era verdad. Le curaron; su padre le amonestó para que soportara aquella vida de seminario y creyéndole convencido, le dejó.

Al dia siguiente, el seminarista volvía á escribir:

« Si no vienes á buscarme, me hago saltar el otro ojo. »

Esta vez el padre se puso en



Las elecciones de 1869. — Proclamacion del resultado en el Hotel de Villa.

camino precipitadamente. El chico había obtenido lo que deseaba.

Vemos pues, que Gambetta era ya entonces lo que se llama ahora: un *irreconciliable*.

Y de ese modo explican los de Cahors por qué el diputado actual de la primera circunscripción del Sena es tuerto como Horacio Cocles.

El nombre de Gambetta, ha contribuido á su fama. Es musical y sonoro, y se graba en la memoria. Es un apellido italiano, porque la familia del joven diputado es oriunda de Génova. A decir verdad hay una punta de astucia genovesa en la soberbia elocuencia del meridional. Es una elocuencia esencialmente artística, plástica, como la de los hijos del sol; que tienen todos ellos (Bancel ha hecho versos siendo muy joven) la poesía de la palabra. Ese ademán hermoso y arrogante, ese metal de voz tan seductor, sedujo á los marseleses cuando les habló Gambetta.

Cerca del mar habían levantado una especie de tienda para el auditorio del candidato. Gambetta se pone á hablar. Fuera se oía el ruido como de un oleaje, el sordo murmullo de la muchedumbre que no podía penetrar. De repente la madera cruje, la tela se desgarran, la tienda desaparece como arrebatada por el huracán, y Gambetta se encuentra al fin ante diez mil personas.

Entonces sube la voz, domina el ruido, y entusiasmo tanto y tan bien á toda aquella gente, que un hombre del puerto, arrojándole el gorro á la cabeza, exclama diciendo:

— ¡Te daría un abrazo!

Gambetta, tan letrado como es, se hace comprender del pueblo. ¡Qué mas elogio puede hacerse de él! Los girondinos hablaban como atenienses de salón, y este habla como un ateniense de la Agora. Su acento es una fuerza mas; su abultada cabeza, su ojo tuerto, su inculta cabellera, que sacude como una melena recia y negra, su sólido puño que asía la barra del tribunal, su pecho levantado por un rudo aliento, sus anchos hombros, esa robustez, esa fealdad soberbia, su semblante que ora amenaza, ora sonríe y encanta siempre, esos pulmones que no se cansan nunca, hacen de él un *orador-tormenta*. Pero repetiremos que no obstante sus arrebatos, es un hombre que sabe, lee, estudia, compara y piensa. A muchos sorprenderá en la Cámara, á muchos que creerán oírle rugir, y que le verán probar: Gambetta es una de las esperanzas de la nueva asamblea.

Leon Gambetta es el primero de una impaciente generación que entra en la vida pública. Su política será siempre la verdadera política eficaz, la de la generosidad, la honradez y la unión. J. C.

Revista de Paris.

El domingo último ha sido un gran día para los parisenses, casi podríamos decir para la Francia, pues el eco de la victoria alcanzada en el hipódromo del bosque de Boulogne, habrá resonado seguramente fuera de los muros de la capital, y en todas partes habrá respondido á él un grito de entusiasmo. Eran las últimas carreras de la estación, y como es sabido, se iba á disputar en ellas el gran premio de cien mil francos de la Villa de Paris, contra el cual destacan siempre los ingleses el caballo favorito, el que mas se ha distinguido en la tierra clásica de las carreras, la Gran Bretaña.

Todo Paris, esta vez puede emplearse sin exageración esta frase estereotipada, todo Paris se hallaba en movimiento mucho antes de empezar la tarde. Las estaciones de los ferro-carriles ofrecían el mas animado aspecto, pues la fiesta del bosque de Boulogne llamaba gente no solo de las inmediaciones de la gran ciudad, sino de las provincias y aun del extranjero, sobre todo de Inglaterra. En cuanto á los coches de alquiler, no se encontraba uno desocupado á ningún precio.

Pero la aglomeración principal es en la línea del Oeste, que sirve las diferentes estaciones del bosque: es casi imposible acercarse á los despachos de billetes, y una vez que se ha salvado este primer obstáculo, no se ha adelantado gran cosa, pues lo mas difícil de todo es conquistar un asiento en los wagones.

Los trenes se llenan como por encanto, y hay personas que no encontrando sitio, se instalan en las escaleras, en cualquier rincón: nadie piensa en el peligro, lo que importa es llegar cuanto antes al bosque de Boulogne.

Todas las muchas entradas que hay en el bosque abiertas de par en par, apenas bastan para la inmensa multitud que, no obstante un calor tropical, emprende desde el interior de Paris ese paseo de algunos kilómetros; todas las avenidas, y hasta los senderos, están cubiertos de gente, y en ese día los celadores deben renunciar á prohibir el acceso de las verdes praderas.

En cuanto al hipódromo de Longchamps, se resiste á toda descripción, tal cual se veía en el momento de comenzar la lucha hípica. La multitud se aglomeraba en grupos compactos por donde quiera encontraba un espacio libre.

En el campo de las carreras, donde se entra mediante un franco por persona (los jinetes cinco y veinte los carruajes), los coches forman quince ó veinte hileras en frente de las tribunas, y como la mayor parte de los vehículos están ocu-

pados por gente alegre, se bebe, se canta y se ríe como en una feria. Los tapones de las botellas de Champaña que saltan en los aires, producen el efecto de un fuego graneado con pocas intermitencias.

Al lado del café está el centro de las apuestas, donde se observa ese día, como es de suponer, una animación suma.

El caballo favorito de los franceses era *Cónsul*, en tanto que los ingleses apostaban por *The Drummer*, y daban por seguro su triunfo. Nadie ó muy pocos se acordaban entonces de *Glaneur*, que fué, sin embargo, el que se llevó la palma de la victoria.

Finalmente, las tribunas y el recinto del peso habían debido tomarse por asalto, aunque solo tienen acceso allí las personas provistas de billetes.

En las primeras carreras nadie puso atención; disputábanse premios insignificantes, y el punto del honor nacional no estaba comprometido en ellas.

Pero hé aquí la carrera principal: sucesivamente aparecen en el cuadro los números de los caballos que van á tomar parte en la lucha.

Diez caballos se presentan, montados por los jockeys, que con sus vistosos colores dan á conocer á los dueños correspondientes: se corren los galopes de prueba, se echan suertes para los puestos que han de ocupar, y por último, los contendientes desfilan al paso por delante de las tribunas y se forman en el punto desde donde debe comenzar su carrera.

Es un momento de ansiedad general: ¿ganarán este año los ingleses? Hé ahí la pregunta que está en todos los labios, y que justifica la actitud arrogante de los hijos de Albion, que como hemos dicho, no parecen dudar que el triunfo será para ellos.

Por fin, después de distintas señales preparatorias, que son otros tantos chascos para la inmensa muchedumbre, se da la señal verdadera, y al cabo de algunos minutos de peripecias favorables alternativamente á varios de los caballos lanzados por la pista, *Glaneur* llega primero, aunque difícilmente.

La victoria es pues de la Francia: un hurra imponderable lanzado por aquellos centenares de miles de espectadores, aclama al vencedor del año 1869.

Su dueño es M. Lupin, que se lleva 136,000 francos y el honor de que en algunos años no se olvide su nombre.

Entonces comienza el desfile, que en coche ó á pié dura de dos á tres horas, desde el hipódromo de Longchamps hasta la plaza de la Concordia, celebrando todo el mundo en esa interminable procesion, el triunfo de Francia sobre Inglaterra.

Las horas de planton que el domingo se llevó el público en el bosque de Boulogne, dieron tiempo para contemplar atentamente varias de las obras que han hecho de este bosque, inculto ó poco menos, hace veinte años, un parque verdaderamente sin rival en el mundo. Cierto es que se han gastado millones; pero no de otro modo se obran prodigios en nuestro siglo XIX.

De datos oficiales resulta que el foso que rodea el bosque ha costado cerca de 900,000 francos, y los conductos de agua mas de un millon. Junto á Longchamps, que es donde está el hipódromo de las carreras, había un antiguo molino, resto de la antigua abadía, por cuya restauración se ha pagado mas de 50,000 francos, y que ahora constituye uno de los ornatos del paisaje.

En suma, tanto en las obras que se han hecho como en los terrenos que ha bebido que comprar, el bosque de Boulogne, tal como se vé en el día ha costado 14.352,004 francos. El Estado ha contribuido por mitad á la construcción del hipódromo de Longchamps, por manera que hay que rebajar de la suma algo mas de dos millones, resultando líquido para la villa un desembolso de mas de doce millones. Verdad es que de esta suma hay que deducir el importe de las ventas de terreno que han quedado disponibles, ventas que una vez realizadas disminuirán considerablemente la cantidad susodicha.

Por último, el cuidado que requiere esa magnífica posesión origina gastos extraordinarios. Solo el riego de cada hectárea sube á 670 francos en los céspedes y á 1,800 en los caminos, y como hay 273 hectáreas de los primeros, 107 de los segundos, cuesta el agua que mantiene la frescura en todo el bosque, la suma de 375,510 francos.

Las preciosidades se pagan.

Volviendo á la fiesta hípica, que cada año despierta en Paris un interés del que ofrece esta gran población pocos ejemplos, diremos que acaba de dispersar á todos los que no han emprendido ya sus expediciones de veraneo. La capital se queda entregada á los extranjeros que comienzan á llegar ya, como de costumbre, de todos los países de Europa, y de los provincianos, que en pintorescas oleadas aparecen también en los meses de estío. Así sucede que cuando se dice que no hay gente en Paris, es cuando mas abunda, pues por cada familia que desaparece, hay quizá una docena de esa población flotante que se renueva incesantemente.

Para estas remesas de provincianos, los industriales de Paris aguzan el entendimiento de una manera verdaderamente chistosa.

Por ejemplo, los que se dedican al comercio de la ropa hecha, tienen una locuacidad muy propia para seducir á los que no están muy familiarizados con el lenguaje de los prospectos.

A lo mejor el incauto provinciano se encuentra con que le entregan al revolver una calle un pomposo anuncio donde se le ofrece la mas propicia ocasión que ha tenido en su vi-

da para abastecerse de ropa hecha, admirablemente confeccionada, de calidad superior y á un precio de una baratura fabulosa.

Entre lo mas notable que hemos visto en circulación este verano, figura un papel que en letras colosales lleva á su cabeza: **APUESTA DE 3,000 FRANCOS**; y seguidamente entra en materia en estos términos:

«Hace quince días estábamos en el bonito terrado del restaurant Mairie.

»Tres hombres, tres vividores amigos de comer y beber bien, llegaban á los postres de un almuerzo que se había prolongado hasta las cinco de la tarde.»

Y aquí cita los nombres de un rico manufacturero de Burdeos, de un fabricante de Lila y de un maestro sastre de Paris.

«El primero, exaltado por las libaciones del champaña, comenzó á ponderar exageradamente los trajes completos de lanilla Céfiro, que vende á veinte y cinco francos á su clientela.

»El segundo dijo que los que él fabricaba, aunque no eran mas que de veinte francos, valían cincuenta por ciento mas que los del otro.

»Los dos comerciantes se trabaron de palabras, en tanto que el maestro sastre de Paris (el que hace el anuncio) bebía y bebía sin decir una palabra.

»Aquellos dos hombres se empeñaron en apostar 3,000 francos, y el maestro sastre fué elegido por depositario de los productos.

»Decidieron que el público, y solo el público, sería juez, y en consecuencia de la apuesta, el manufacturero de Burdeos envió al sastre de Paris 200 bonitos trajes completos de lanilla Céfiro de Elbeuf de todos colores, con la expresa condición de venderlos al pormenor sin ningún beneficio, á razon de veinte y cinco francos, precio del pormenor, en tanto que el fabricante de Lila mandó otros tantos para venderlos también á su precio, esto es, á veinte francos, sin beneficio alguno.

»El artículo preferido por el público será el que gane los tres mil francos, ó mejor dicho, el artículo que se venda mas pronto á razon de 200 ejemplares, será el vencedor.

»Los gastos de los anuncios correrán á cargo del que pierda.

»Como el sastre encargado de la venta no puede sacar beneficio alguno, el que gane le indemnizará con una gratificación de mil francos.»

Sigue ahora el anuncio del día en que principiará la venta, y el anunciante asegura que dentro de una semana no quedará uno solo de estos trajes, y que jamás una ocasión como esta habrá podido ofrecerse á los que desean vestirse bien y con baratura.

Por supuesto, no se olvidan las señas de la casa.

Ahora bien, lo mas particular del caso es que el manufacturero de Burdeos, cuyo nombre y apellido se citan con todas las letras, no es un ente imaginario, sino que realmente existe, y habiendo tenido conocimiento del anuncio en cuestión, ha entablado una demanda contra el sastre de Paris por el papel absurdo que le hace representar en tan grotesca comedia, y el perjuicio material que semejante farsa puede causar á sus intereses.

Es hasta donde se puede llevar el abuso inconsiderado de los medios de hacer negocio; y así lo decidieron los jueces, imponiendo al sastre inventor una multa de 500 francos en favor del manufacturero de Burdeos.

Si de los traficantes en ropa hecha prosiguiéramos la revista á los demás industriales que explotan mas descaradamente el anuncio, no hay duda que encontraríamos prodigios de originalidad para llamar la atención del forastero; mas dejaremos por hoy este asunto, para no agotar de una vez tan abundante materia.

Y luego no queremos llegar á la conclusión de este artículo sin notar de paso un medio muy singular que se le ha ocurrido á un anciano solterón para que después de su muerte le lloré su familia.

La cosa vale la pena de divulgarse, en razon á que hay muchas personas en el mundo que forman gran empeño en que se les lloré cuando ya no existen.

Ahora bien, el medio en cuestión es infalible.

Desde luego advertiremos que no se trata de hacerse en vida con muchos amigos y divertirlos, y darles comidas, y hacerles favores pecuniarios; estos recordarán á veces las agudezas del difunto, celebrarán los buenos ratos pasados á la mesa, y por último, en resumen, celebrarán que el amigo no pueda ya reclamarles el dinero que les prestó para salir de apuros.

El método en cuestión es diferente, y ha sido puesto en práctica por un archimillonario, segun asegura un diario departamental, cuyo redactor se contaba, segun confesión propia, en el número de los que parecían ser sus herederos.

El millonario no tenía hijos, y había concentrado todo su cariño en su esposa, con la cual habitaba solitariamente una vasta posesión situada en la Turena.

Hace diez años se quedó viudo.

Inconsolable de esta desgracia, parecióle muy frio al millonario el dolor de todos sus parientes que, como es de suponer, acudieron muy compungidos á darle el pésame: el buen hombre tomó todo esto por una mera fórmula, pues sin duda habría querido que, á su ejemplo, sus sobrinos y sobrinas se consumiesen en las lágrimas y los sollozos hasta la última hora de la vida.

Muy afectado con lo que él llamaba su impía insensibilidad, se hizo el buen hombre una reflexión por este estilo: — ¡Con que es decir que á mí me sucederá lo mismo?

¡Ni siquiera me llorarán el tiempo que exige la etiqueta, el tiempo del luto! Al cabo de algunos días después de esa parodia de dolor, cada cual volverá á sus negocios y placeres, ¡y yo tan tonto, que les habré dejado mi fortuna! No, no será así; yo trataré de arreglarlo de otra manera, no quiero que á mi costa ellos se rian.

Y sobre esto congregó en su casa á todos sus parientes, esto es, á los que figuraban en el testamento, y les dijo:

— Queridos míos, tengo una manía bastante singular...

Y acentuó fuertemente esta palabra.

La parentela esperó en silencio la continuación del discurso.

— Mi manía es, prosiguió el millonario, que quiero ser llorado sinceramente después de mi muerte.

— ¡Adorado tío! exclamaron todos, ¿cómo puede Vd. poner en duda que todos sentiremos un profundo dolor cuando suceda esa desgracia que, por fortuna, está muy lejana todavía?

— También yo la creo lejana, y quiero que vosotros deseéis que lo esté en efecto tanto como yo.

— Pero seguramente ya lo deseamos.

— No le hace, se me ha ocurrido una idea que he puesto en práctica, y os voy á comunicar á ver qué os parece.

Los sobrinos comenzaban á temer algún solemne chasco.

El millonario continuó diciendo:

— He realizado toda mi fortuna, cuatro millones que he colocado en venta vitalicia, de modo que poseo en la actualidad 400,000 francos de renta anualmente. Para las necesidades de mi vida, me basta la cuarta parte de esa cantidad, por manera que cada año mientras yo viva, repartiré entre vosotros 300,000 francos; pero una vez muerto, se acabó, no encontrareis un céntimo.

El astuto anciano había calculado perfectamente, dice el redactor del *Courrier du Pas-de-Calais* que cuenta la anécdota, pues desde hace seis meses que falleció, sus pobres sobrinos están desconocidos: lloran continuamente, y es muy de temer que alguno de ellos se muera de pena.

Nada de particular en los teatros parisienses.

En el Francés continúan las representaciones del drama *Julia* con tanta boga como en los primeros días, y es de creer que se sostengan todo el verano en obsequio á la población forastera. Sin embargo, para variar algún tanto el espectáculo, se anuncia un drama en un acto y en verso titulado *Juan Strenner*, en cuyo desempeño tomarán parte la señora M. Brohan y los señores Delaunay, Maubant, Coquelin y Lafontaine. Atribúyese cierta importancia literaria á esta nueva producción, que probablemente se pondrá dentro de pocos días en escena.

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

PRIMER AMOR.

¿Qué tiene la niña
Que está lacrimosa?
¡Su rostro de rosa
Vistió palidez!
Y al suelo inclinada
Su pálida frente
En luto doliente
Trocó su niñez.
Ayer por los valles
Amenos corría,
Dichosa reía,
Danzaba feliz:
Formaba á sus sienes
Guirnalda de flores,
De varios colores,
De rico matiz.
¿Por qué esos risueños
Placeres olvida?
Hoy sola, abatida,
Se postra á llorar;
Le place en las tardes
Oír en la playa,
Los himnos que ensaya
La queja del mar.
Su madre le dice:
« ¿Qué cruel desventura
Te causa amargura?
¿Por qué ese pesar! »
Y ella le responde
Con melancolía:
« ¡Dejad, madre mía,
Dejadme llorar! »
¿Por qué el sentimiento
Domina en su alma?
¿Por qué á dulce calma
Sucede el dolor?
La niña ayer era
Muy niña, inocente;
¡Pero, hoy ella siente
Su primer amor!

DOS VOCES.

Siempre correr en pos de unos placeres
Que mas se alejan al buscarlos mas,
Y hallar siempre un terrible desengaño
Tras el halago de un placer fugaz:
Sentirse sacudido en la tormenta
Con perpétuo temor de zozobrar;
Mirar el porvenir y hallarlo negro,
Sumergido en profunda oscuridad.
Preñados ¡ay! de lágrimas los ojos,
Helado el corazón con el pesar,
No encontrar un amigo, una sonrisa,
Ni el blando sueño, ni la dulce paz.
¡Eso es vivir! La vida es el combate
Que destinado al corazón está:
Es buscar el mañana en la esperanza,
¡Y ese mañana no encontrar jamás!
¡Eso es vivir! En la tormenta ruda,
Desmantelada mi barquilla va:
¡Ay, acaso en las ondas de la vida
Va también desdichada á zozobrar!
Rico de fe, mirar al horizonte,
Y firme el brazo en el timón, bogar,
Y en la larga carrera de la vida
No desmayar ante el dolor jamás;
Volver á Dios los ojos, y á su nombre
El pecho varonil fortificar,
Y consolar las lágrimas amargas,
Y tender una mano á la amistad;
Palpitar con vigor en la esperanza,
Con el trabajo consagrar la paz;
Y, abierta el alma, el ánimo sereno,
Y honrado y recto el corazón alzar:
¡Eso es vivir! ¡La vida es la victoria!
¡Es ceñir de laurel la frente audaz;
Es tener fe, es ir siempre adelante,
Y siempre producir, siempre crear!
¡Eso es vivir! ¡Las ondas de la vida,
En su constante y recia tempestad,
Hieren solo al piloto que abandona
El timón al juguete de la mar!

CÁRLOS WALKER MARTINEZ.

Las elecciones generales de 1869

EN PARIS.

Dos soldados de la guardia nacional inmóvil tienen cada uno por una asa, quisiera poder decir por una oreja, la urna del escrutinio, y parecen tan orgullosos con el fardo como el asno de la fábula podía estarlo con las reliquias que llevaba encima. Delante de la urna van dos tambores con la caja á la espalda, y detrás camina un sargento mayor, grave como un mariscal de Francia, el cual está encargado de custodiar esa partícula de la soberanía nacional que lleva para que se acueste á la alcaldía de Montmartre, en donde descansan durante la noche todas las urnas del barrio. Cierra esta comitiva la autoridad representada por los *sergents de ville* de toda gala. Una porción de electores siguen el cortejo: son los entusiastas, los celosos que han usado de su derecho de añadir un sello á los del presidente de la seccion.

Esa urna abigarrada tiene pues, tantos sellos, como cerraduras de secreto tienen todas las cajas de Rothschild; sin embargo, para colmo de precaucion, los opositoristas irreconciliables no votaron sino el segundo día del escrutinio. Por consiguiente esa urna que pasa, debe estar virgen de los boletines de Gambetta.

El lunes muy temprano, un gran movimiento se observa en todas las secciones. Los votos, mala señal para los candidatos oficiosos, agradables ó tolerados, por temor de un resultado peor, fueron poco numerosos el día antes. Uno de los electores que no faltaron á la votación del segundo día fué M. Thiers.

Candidato en otras elecciones en su propio barrio, el historiador del imperio, por modestia se hallaba condenado á la abstencion; pero las reformas hechas en el mapa electoral de Paris, para favorecer el triunfo de ciertos candidatos, le han hecho elector de otra circunscripción y esta vez el ex-ministro ha tenido á honra el dar su voto. A las nueve de la mañana M. Thiers sale en carruaje de su hotel de la plaza de San Jorge, y se dirige hácia la calle del mismo nombre, donde se encuentra la seccion mas próxima. En su camino, demasiado corto para que el cochero ponga al trote el caballo, todos le reconocen al través de los cristales, y cada cual le hace un saludo que él devuelve, inclinándose á derecha é izquierda como hacia Luis Felipe mucho antes del ministerio Guizot. M. Thiers penetra en la sala con aire triunfante, y deja caer su boletín en esa urna que su nombre ha llenado tantas veces. Ya le tenemos pues, reconciliado con el sufragio universal. Al

pasar por la terrible etapa del Monte Valeriano y de Bruselas ha vuelto á ser el hombre de 1830: en su corto destierro dejó al Thiers de la calle de Poitiers, al Thiers reaccionario. Hoy su ojo despide chispas no menos que en la tribuna de los diputados. La poesía de la igualdad le ilumina. Está orgulloso de ser ciudadano por el mismo concepto que el último de los electores. Los electores se quejan de no poder votar en su favor, como habrían deseado, y él responde que el placer de votar por M. Picard le hace por primera vez partidario de la reforma del mapa electoral de Paris. El asesor le devuelve su carta desgarrada en la punta inferior del lado derecho para que pueda volverle á servir en caso de segundas elecciones; y M. Thiers la guarda en el bolsillo izquierdo con un aire que significa que no habrá lugar á incomodar de nuevo por ahora á los electores del barrio.

Mientras duró ese día de la gran batalla, Paris no cesó un solo instante de disfrutar de la calma mas profunda. Sin embargo, á medida que se acerca la hora fatídica en que se va á conocer el resultado general de la votación, le confianza de los irreconciliables se aumenta visiblemente.

Desde las cuatro se notan ya los síntomas de la emoción pública. Los grupos se multiplican y se aumentan á medida que el sol se esconde. Los bulevares toman un animado aspecto: un pilluelo que canta, un beodo que anda dando traspieses, reúnen en su derredor una porción de gente.

Sin embargo, los grupos son raros en la plaza de la Bastilla. La electricidad revolucionaria que se desprende de los cerebros electorales no llega todavía á aquellos sitios. Por lo demás, cuando todo un pueblo habla, los alborotadores serian impertinentes. La urna destruye las barricadas y las piedras se trasforman en boletines.

La verdadera curiosidad febril se concentra en la calle del Croissant, donde están las imprentas de una porción de periódicos. Pero no obstante la muchedumbre compacta que asedia las casillas de los traficantes que despachan al por mayor, todos los vendedores y vendedoras de diarios se dan prisa á llevarse la mercancía en la cabeza, debajo del brazo, en los delantales y á hombros. Todos los matices se borran, pues el pueblo devora cuanto papel impreso le presentan.

El precio de estos diarios que hacen ediciones continuas conforme van recibiendo los guarismos del recuento, llega á ser fabuloso; pero nadie protesta, todo el mundo paga y se da por contento.

El jueves 27 de junio, tres días después, se contaron los votos en el Hotel de Villa. Sin embargo, el pueblo esperaba sin impaciencia esta formalidad que ya había hecho inútil el celo de los periódicos. Todo el mundo sabe de memoria los resultados cuando los señores alcaldes se reúnen para hacer el recuento oficial en el Hotel de Villa. Así es que había en la plaza veinte veces menos gente que el día de la votación.

En las inmediaciones de la sala de San Juan, lugar fatídico donde se efectúa el sorteo de quintas y el de las obligaciones de los empréstitos de la villa, es donde el espectáculo ofrece mayor interés. Los nombres de los diputados elegidos excitan grandes aplausos, y los oficiales del estado civil pronuncian esos nombres con la solemnidad que corresponde al caso.

Las segundas elecciones que se preparan para los días 6 y 7 de junio no ofrecerán menor interés: en estas se han de nombrar 59 diputados que no recibieron bastantes sufragios para salir electos en las primeras.

Ya que tratamos esta materia diremos algo sobre la clasificación de los nuevos diputados, según las opiniones que representan:

| | |
|---|-----|
| Diputados oficiales, sea reelegidos, sea nuevos.. | 174 |
| Diputados de la oposicion reelegidos..... | 17 |
| Diputados del tercer partido reelegidos..... | 20 |
| Diputados independientes nuevamente elegidos y pertenecientes á los diversos matices de la oposicion..... | 18 |
| Total..... | 229 |

Hay pues hasta ahora, dice el *Diario de los Debates*, del que tomamos estas noticias, 174 diputados oficiales y 55 no oficiales; y teniendo en cuenta las dobles elecciones indicadas mas arriba, 57 votos no oficiales.

Los cálculos sobre el número de votos obtenidos por el gobierno y por la oposicion siguen dando resultados muy diferentes, según los diarios.

El uno atribuye á la oposicion 3.800.000 votos contra 4.200.000 dados al gobierno. Opositores mas moderados se contentan con 3.600.000 votos; otros mas moderados aun, se detienen en 3.200.000.

Los diarios oficiosos reivindican para el gobierno seis millones de sufragios, y no conceden mas que 2.000.000 ó aun 1.800.000 á todas las oposiciones reunidas. Esta diferencia depende de dos cosas. En primer lugar se cuenta un poco á la ventura; en seguida los opositores se atribuyen los votos de todo candidato que no tenia abiertamente dependencia oficial, y eso por imperialista que fuera su profesion de fe.

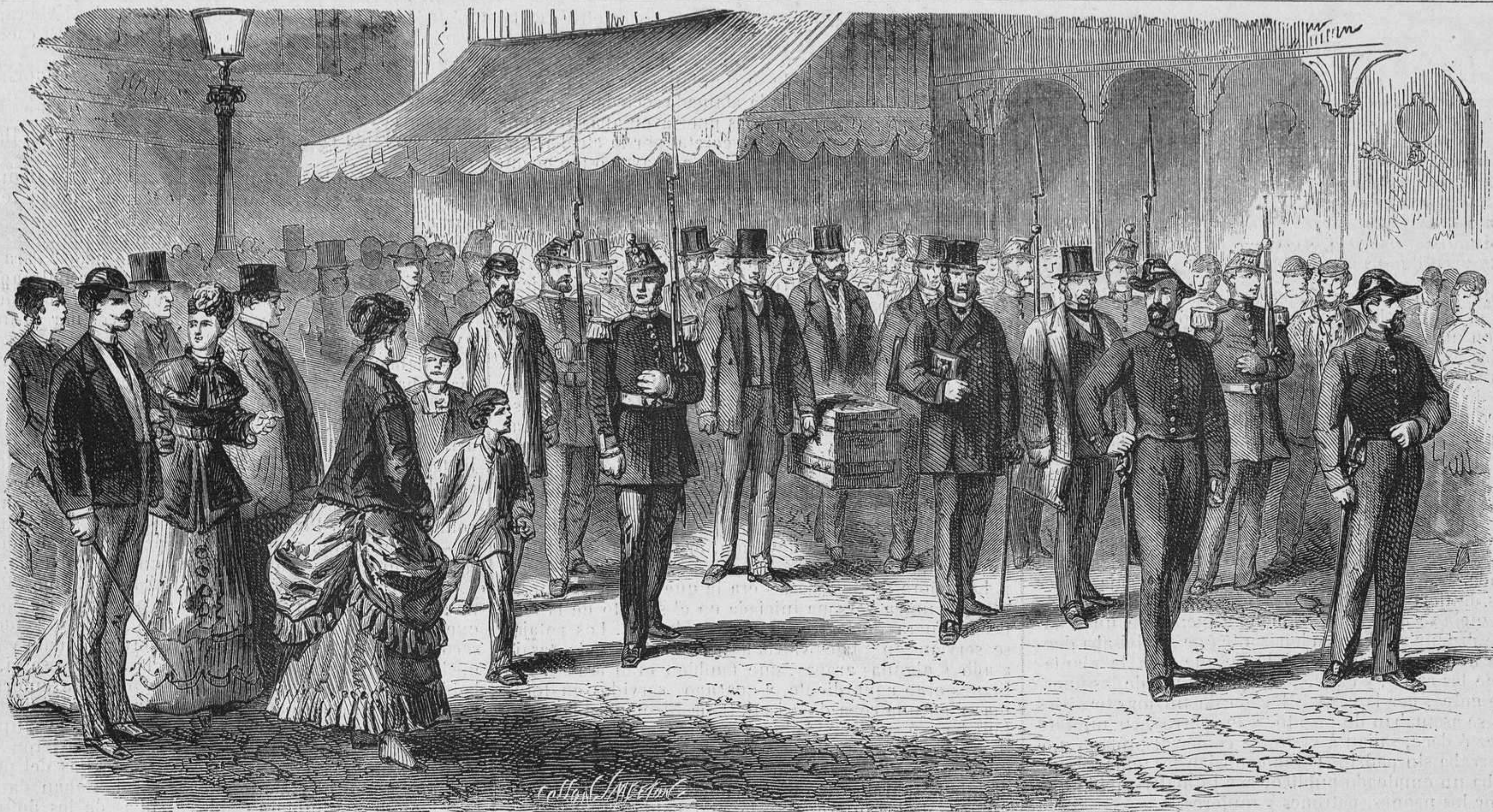
Los oficiosos usando del mismo procedimiento, hacen entrar en el total gubernamental todos los votos dados á los candidatos mas ó menos aceptados ó tolerados. De donde resulta que todos los candidatos mixtos figuran en ambos lados.

Estos cálculos son en el fondo bastante pueriles. La única cosa cierta es que el espíritu de oposicion se ha desarrollado notablemente.

W DE F.



Las elecciones de 1869. — El comité democrático de la 7ª circunscripción.



Las elecciones de 1869. — Transporte de las urnas electorales de las secciones á las alcaldías.

La Exposicion

DE

BELLAS ARTES DE 1869.

«CERRAJERO Y HERRADOR,» CUADRO DE M. V. LELEUX. — «SOLEDADE,» CUADRO DE M. DARDOIZE.

La nueva obra de M. A. Leleux, que reproducimos en este número, añade un triunfo mas á todos los que ya se ha conquistado este artista por la franqueza de su pincel, la claridad de su composicion y el simpático atractivo de sus figuras. M. A. Leleux ha contribuido poderosamente á popularizar, por su brillante colorido, la Bretaña cantada por los poetas.

Esta vez la escena que nos presenta el entendido artista se titula *Cerrajero y Herrador*, un hombre que acumula oficios. Toda la quincaillería de la aldea debe pasar por esa humilde fragua. El obrero se aplica al fuego, cuidando del pedazo de hierro que se enrojece á la lumbre; pero á decir verdad, el cerrajero-herrador, de pié y risueño, parece que olvida un poco la cerradura que tiene en la mano. ¿No tiene delante un rostro rubicundo, agraciado y alegre cuyos ojos le hablan otro lenguaje que el de la línea y el martillo? Esas dos figuras bañadas por el hermoso sol que penetra por la abierta ventana, ofrecen el animado aspecto que M. A. Leleux sabe dar á todos sus personajes.



Cerrajero y herrador, cuadro de M. A. Leleux.

Soledad, cuadro de M. Dardoize. — *Væ soli*, ha dicho la Escritura, y sin embargo, ¿á quién no le agradaría extrañarse algunos instantes en medio del precioso paisaje que M. Dardoize nos presenta con el nombre de *Soledad*?

La plazoleta de ese bosque, tan llena de frescura y tan bella, no tiene sin duda muchos aficionados; aquí y allá se ven charcas de agua estancada; y no obstante, ¿qué naturaleza tan magnífica!

Contemplemos ese ramaje tan finamente recortado de los árboles, esa verdura tan suave á la mirada, esa luz que alumbra tan armoniosamente todo el paisaje, y reconoceremos que los visitantes que se agrupan en crecido número delante del cuadro de M. Dardoize, dan una prueba de que saben hacer justicia al talento que ha demostrado en ese cuadro.

Para justificar el título, no vemos en esta *Soledad* ninguna figura; pero en cambio tiene para hechizarnos esa vida de la naturaleza, que es tambien una atraccion poderosa, y que el artista ha sabido expresar con una finura de ejecucion muy notable.

Esta es hoy la calidad mas original de los paisistas franceses.

Sus cuadros, que ponen de manifiesto un aspecto cualquiera de la naturaleza, se animan con un encanto particular, y producen en nosotros hondas impresiones.

P. P.

Manuela,

NOVELA ORIGINAL POR EUGENIO DIAZ.

(Continuacion.)

XXVII.

EL NAZARENO.

Nadie sabía que don Tadeo se hallaba en el distrito, hasta el día que lo encontró don Demóstenes de ermitaño en una gruta, entregado á sus meditaciones gamonalcias. Nuestro lector tampoco sabe cómo escapó de la cárcel de Ambalema, ni cómo vino á dar á las montañas de la Hondura, y de esto lo informaremos en el cuadro presente, y ante todo, exhibiremos aquí todo el panorama del trapiche de la Hondura, visto desde una altura proporcionada.

Se hallaba el trapiche de don Matías Urquijo junto á una pequeña quebrada salada y de unas lagunas cuyas aguas tenían algo de azufre, y esto producía una atmósfera pestilente, fuera de los montones de bagazo en estado de putrefacción y de los barrizales vitalicios de la redonda. Las casas de habitación eran de paja, y los suelos de tierra emparejada con los pisones. Dentro de la plazuela se hallaba el trapiche á menos de una cuadra de distancia. El único horizonte que se divisaba dentro de unos cerros cubiertos de bosque, era la plantación de las cañas, y cuando sonaba alguna de las puertas de golpe, por la casual llegada de un forastero, los vigías se asomaban de pronto, y los perros, en número de diez ó doce, salían á quererse comer al profano que se acercaba sin padrino; y se conocían los temores que causaba un empleado público, por lo mal recibido que era por los peones, patronos y mujeres.

Don Matías no era de la raza blanca, ni tenía muchas simpatías por los blancos, y gustaba de vestirse de un grueso calzon de manta cuando estaba en su hacienda. Su esposa, llamada Nicomedes Mora, se vestía como las peonas; lo mismo las dos hijas, las cuales ejercían el oficio de trapicheras siempre que los brazos se hallaban escasos.

Corría la fama de que en la Hondura se celebraban juntas secretas, á las cuales concurrían ciertos individuos de la cabecera del cantón, otros de Bogotá, y uno que otro de la provincia de Mariquita; se sabía que los viajes de la miel para el mercado, lo mismo que el regreso de las mulas no se efectuaba sino entre la media noche y la madrugada. Se decía también que se solían ver espantos por cerca de la enramada del trapiche, y luces que volaban desde las orillas de la laguna, y se hablaba de violencias ejercidas sobre los proletarios. Todo esto hacía que la Hondura fuese mirada como una hacienda de mal agüero.

Se acababa de terminar la molienda del trapiche una noche á las once, cuando corrió la voz entre los peones de que una fantasma negra y de un cucurucho largo como de nazareno, había pasado por un costado de la plazuela, retirándose del trapiche todo lo que era posible. En efecto, se la vió llegar hasta la puerta de la casa grande, y los temores crecieron al ver que los perros se callaron despues de haber latido á su entrada á la plazuela, y al oír un silbido sumamente parecido al de la culebra cascabel.

Los pasos de la fantasma no pudieron ser observados y los peones del trapiche se quedaron persuadidos de que el nazareno había seguido su camino; pero este dió una vuelta y regresó á la casa, en la que entró con mucha cautela, sin ser visto sino de don Matías y cuatro personas que en aquel momento le visitaban.

El nazareno era el famoso don Tadeo, vestido de mujer, y llevando un sombrero muy alto de copa, con funda de género blanco. Al punto le abrazaron sus camaradas y lo colmaron de caricias, como era justo.

— ¡Qué milagro! le dijo don Matías. Aquí nos habían dicho que Vd. estaba en la cárcel, y yo mandé un peon que todavía no ha vuelto de por allá.

— Fué cierto; pero de donde me vine fué de un canei; porque hacía unos siete días que me había libertado.

— ¡Tanto me alegro de verlo! Siéntese, descanse un poco.

— ¿Y qué tal por aquí? ¿Me han pensado mucho? dijo don Tadeo.

— Muchísimo, compadre, y la falta que nos hacia era enorme.

— ¿Y cómo están todos los de la casa?

— Buenos, compadre de mi alma.

— ¿Y la señora Sinforiana, y Cecilia?

— Buenas. Cecilia ha estado muy divertida en las fiestas, lo que me ha dado algo en qué pensar.

— Será que no me quiere. Mi mujer tampoco me quiere; pero la tengo sujeta, que es lo que importa.

Siguieron las manifestaciones particulares de los otros amigos de don Tadeo, y las caricias de doña María Nicomedes. Los otros sugetos eran don Pascual Acuña, don Estanislao Nieto, de Sogamoso, don Atanasio de Santa Tecla y ñor Juan de la Cruz, vasallo de don Matías.

Despues de algunas conversaciones demasiado privadas de los camaradas de la sociedad baratera, doña Nicomedes en persona trajo la cena y la puso sobre la pura tabla de la mesa, porque todos los convidados eran

de suma confianza. Parece que nuestro cuadro quedaria muy imperfecto, si no hiciésemos la pintura de la sala principal de la casa grande de la Hondura, donde pasaba la escena y donde se reunían, cada ocho ó quince días, los personajes de la afamada sociedad.

La sala era grande, con dos puertaventanas una enfrente de otra, y una salida secreta por la alcoba, que también era grande. El mueble de mayor ostentación, era una mesa de nogal con cajón por debajo, asegurado con una buena chapa, y en este se depositaba temporalmente la plata de la semana y algunos papeles de suma importancia. Junto de la mesa estaban dos sillas de atléticos brazos, con muchas heridas hechas á navaja, como por vía de entretenimiento. Los demás asientos eran barbacoas de guadua picada, que rodeaban toda la sala, y que las niñas y doña Nicomedes llamaban escaños. En un rincón había cueros de res, zurrones de este mismo material y costales de fique. En otro había azadones, palas y machetes. No había cuadros de santos en el salón principal de la Hondura, y esto se hallaba conforme con el destino del local y con las ideas de los concurrentes, que toda era gente mas despreocupada de lo que se pudiera pensar. La sala de don Matías la iba con la reforma en cuanto á la ausencia de los santos. El candelero de la iluminación general de la sala estaba colocado en una tablita fijada en la pared, y no obstante la elevación, era muy opaca la luz que daba.

La señora de don Matías era la que servía á la mesa, y era la única persona iniciada en el secreto de la fantasma, fuera de los personajes de la sala. Los potajes se servían en platos vidriados, y constaban de tasajo asado y algunas arepas, que también eran asadas. Los licores eran aguardiente y guarapo, servidos en totum y en una copa de cristal. Doña Nicomedes les puso tenedores á sus convidados, pero se olvidó de los cuchillos, defecto que fué corregido por don Tadeo, el cual sacó un cuchillo cabiblanco de forma de puñal, para dividir la sobrebarriga en secciones federales, según el número de los interesados, la cual había pasado en la forma central de las manos de doña Nicomedes á las de don Tadeo, y por cierto que los socios no se mostraron desdeñosos en presencia de un potaje tan afamado. El guarapo subsanaba la sequedad de los potajes asados; el ají y el aguardiente, la falta de la pimienta y de la mostaza. No eran alegres los dichos de los convidados; por el contrario, mientras mas se apuraba la copa, los discursos eran mas serios, y á lo último eran espantosos, terribles y exagerados.

— Así, y con este mismo puñal, tengo esperanzas de ver cortada la sobrebarriga del cachaco Demóstenes, exclamó don Tadeo al cortar un pedazo de carne que sujetaba con los dientes y la mano izquierda.

— ¡Así me beba yo la sangre de todos los oligarcas enemigos de la sociedad baratera! dijo don Matías apurando una copa llena de aguardiente de anís.

— ¡Así desaparezca la riqueza de todos los señores de tierras! dijo el arrendatario Juan de la Cruz, escurriendo hasta la zupia de una totuma de guarapo fuerte, y añadió despues: (con excepción de mi patron don Matías).

Por este estilo brindaron todos los socios, y ya que la cena estuvo terminada, siguieron conversando de los negocios generales de la política y de los particulares de don Tadeo, con las cabezas un poco calientes.

— ¿Dígame, compadre Matías, qué hay de oligarcas de las haciendas, que me han dicho que están hechos el diablo?

— Se han conjurado contra el pueblo descalzo, han celebrado una junta secreta en el Retiro, y de allí dimanó la caída de Vd. y de todo nuestro partido, lo cual no sabía Vd. cuando se fué para Ambalema.

— ¡Pobres de los descalzos! exclamó don Tadeo.

— El cura también asistió.

— ¿El cura? Pues ahora sabrá el cura Jimenez lo que es la persecución, pues antes no había querido yo meterme con él.

— Sin embargo, yo sé que no habló si no unas pocas palabras contra don Demóstenes para defender su iglesia.

— Pero asistió á una junta política, y esto es lo bastante: que preste ahora paciencia el oligarca de la sacristía, que lo primero que voy á hacer es á decirles á los estancieros que no le paguen la primicia, ni las demás socaliñas que llaman derechos. Sí, mis caballeros, que preste paciencia el monigote Jimenez.

— Nos vendrá otro peor á sacarnos el sol del cuerpo con los derechos.

— Que no venga ninguno, que los plátanos y las cañas se producen muy bien sin el abono de las bendiciones, y la gente vive y se muere lo mismo con respuestas, misas cantadas y fiestas que sin nada de eso.

— Compadre, Vd. no estaba tan ilustrado cuando se fué para los pueblos del Magdalena.

— ¿Pero qué quiere Vd.? ¿Cepo, cárcel y matar gusanos es poca cosa? ¡Todos me la van á pagar! todos los que han contribuido para mis males. A fuego y sangre los voy á atacar á todos. ¿Le parece á Vd. mecha estar dos días en el cepo de Ambalema? ¿Y aguantando esa clase de condenados, que son peores que los esbirros, los jueces y todos los agentes de la policía? Es que usted todavía no sabe todo el fuego que arde aquí dentro de mis entrañas. Es que Vd. no sabe que yo he venido á meterme de ermitaño, solo por el gusto de vengarme. Es que Vd. no sabe que me sueño viendo arder los trapiches, viendo patallar entre su misma sangre á los dueños de tierras; viendo morir envenenados sus ganados y sus mulas con barbasco y acuápar. Yo le explica-

ré todos mis planes á mi compadre Matías. Ahora, dígame, ¿qué mas cosas nuevas hay por aquí? ¿El cachaco qué hace en la parroquia?

— Matando pajaritos y enamorando á las estancieras.

— Eso sí, porque es muy decidido por el bien de las proletarias. ¿Y Manuela?

— Engreída con la protección del cachaco. Lo llama su libertador.

— Y queriéndose casar con ese zoquete de Dámaso. Que la liberte el foragido de la venganza que la tengo jurada. ¿Y el camandulero de don Eloy?

— Haciendo plata por todos cuatro costados.

— ¿Y para qué? ¿Para darse vida de peon? Para eso yo también tengo lo bastante. Ojalá que estalle aprisa la revolución, que le hemos de quitar hasta las mulas viejas de la carguería y los fondos de cocinar la miel. ¿Y el oligarca de la Minerva?

— Hablando de protección, de libertad, de tolerancia, y haciendo plata con la sangre de los arrendatarios. Ya les aumentó los arrendamientos, y al que no asiste al trabajo, le manda dar una paliza ó le manda arrancar de su tierra los estantillos de su choza, ó las matas de maíz, que es lo único que el arrendatario siembra, porque la caña no la tolera don Leocadio.

— ¿Y qué mas ha habido por los castillos feudales, como llama don Demóstenes las casas de los trapiches?

— A don Cosme se le ardió un peon en un fondo, y se fué á que lo curara de limosna una arrendataria.

— Cero y van tres. El otro murió á los siete días. Pero no se pone remedio ninguno. No se pone una reja para que no se arrimen todos; no se hace un piso sólido y seco, sino que se mantiene un lavadero pendiente y húmedo, por ahorrar unas pocas pesetas. Pero eso sí, se habla de la protección á los proletarios hasta enternecer á los oyentes. Y bien, ¿qué tal estuvieron las fiestas?

— No sirvieron para maldita la cosa. Ya Vd. ve, nuestro partido no puede respirar. Por ahí estuvieron los cachacos tratando de divertirse con las hijas del pueblo, porque las hijas de los oligarcas se estaban dando mas tono que si hubieran sido las hijas de los duques de España. El viejo Eloy se emborrachó con todos sus escrúpulos de camandulero. Yo le contaré despacio. A Rosa de Malabrigo se la llevó el diablo, de resultas de las fiestas y del San Juan.

— ¡Que perezcan todos los que hayan ayudado á quitarnos el mando de la parroquia! ¡Que se los lleve á todos el diablo!

— Ahora encuentra Vd. de empleados de la parroquia á los oligarcas de las haciendas.

— ¡Así duren mis trabajos! Vd. verá que ellos aflojan y reniegan de la patria y de los destinos, así que se perjudiquen en la venta de la miel. La vieja Patrocinio les dará la comida de balde, con tal que le echen flores á la hija. ¿Qué mas se quieren los ricos que el tener auxilios de los pobres para hacer la guerra á los pobres? porque la sociedad no es otra cosa que la guerra eterna de los ricos contra los pobres. En todas las transacciones el rico es el que le da la ley al pobre: en las compras y ventas, en los arriendos, en las obras de manos, en las demandas, en los jornales, y hasta en los amores. La esclavitud rigurosa tuvo su origen en la torpeza, la debilidad ó la miseria de los hombres. La deferencia actual de los descalzos á los calzados, ó de los ignorantes á los que saben leer y escribir, no es otra cosa que la sumisión del vencido en la guerra general de ricos y pobres. La guerra de manuelistas y tadeístas no es otra cosa que la guerra de ricos y pobres, porque los hacendados me hacen la guerra á mí que soy el defensor de los derechos del pueblo descalzo. De manera que los pobres que regalan sus cosas á los ricos y que les sirven de balde, no hacen otra cosa que dar armas contra sí mismos, y por eso dice el dicho, que no hay peor cuña que la del mismo palo. La vieja Patrocinio cebándolos el rabo á los puercos gordos de las haciendas, no hace otra cosa que dar fuego contra los pobres.

— ¡Corriente! dijeron los amigos de don Tadeo.

— Es la pura verdad, añadió el arrendatario Cruz.

— Ahora díganos, mi compadre, ¿cómo pudo salirse de la cárcel? preguntó don Matías Urquijo, despues de haberse tomado un trago.

— Primero les diré cómo entré, porque todas las cosas tienen su derecho, dijo don Tadeo.

— Bueno, compadre; díganos cómo entró.

— Han de saber Vds., dijo don Tadeo, que despues que yo llegué á Ambalema, se presentó también Manuela con el querido, á pesar de su buena fama de honrada, y ardió como estaba yo de haberme visto en la cárcel de esta parroquia por ella y su abogado, y sabiendo que llevaba una buena mula, que era mejor bocado que la parroquiana, me puse en obra y compuse requisitorias y un poder, y me presenté á los juzgados por medio de un apoderado, para que me entregasen la mula y me les pusieran la mano á los prófugos, los cuales no supieron las novedades de la parroquia, hasta despues de llegar á Ambalema, porque habían estado en la montaña seguramente; tampoco sabían que yo había llegado á la ciudad, porque me estuve escondido. Se siguió la demanda, y aunque Manuela tuvo defensores, porque nunca faltan protectores para la humanidad bella y encantadora, la demanda se hubiera sentenciado en mi favor, si no se hubiera entrometido una mano que me trastornó todo el negocio. ¿Quién les parece á ustedes que fué esa persona que echó por tierra la sentencia y que me sepultó en la cárcel, á mí, que he jugado con la Recopilación granadina desde ahora cuatro años há?

— Seria algun señor feudal, dueño de medio mundo de tierras,

— ¡No, señor! dijo don Tadeo con sonrisa diabólica.
— Seria algun jesuita de casaca.

— ¡Nada!
— Seria alguna perillana por celos, dijo don Atanasio, porque don Tadeo no se deja de esas vagabundías á pesar de los cincuenta y cinco que tiene encima.

— ¡Nada de eso! Y no sé cuál de los que me oyen se habrá dejado de la idea de galantear á las muchachas y de aprovechar la buena acogida que le brindan, ó de satisfacer sus caprichos por alguno de los medios que aconsejen las circunstancias. Nada; ustedes no me adivinan quién me metió á la cárcel, y es una persona mas conocida que el paraguay, que la malva y el chilichile; una persona nativa de este distrito.

— Díganos pronto, dijo don Pascualito.
— La Angarilla, del Retiro.
— ¿La Angarilla? dijo don Matías, ¿ese monton de mugre? ¿ese descrédito de los trapiches?

— La Angarilla, compadre; pero han de saber ustedes que allá está de zapatos, panderetas y traje de mulselina, y que no le faltan aduladores de menos de cincuenta y cinco años. Pero en fin, vamos al asunto, que ya cantan los gallos. Habia probado yo completamente que era el apoderado, para hacerme cargo de Manuela y de la mula, y la sentencia estaba redactada en mi favor, cuando se apareció la Angarilla á presentar la misma carta que Vd. me mandó con el viejo Elías, la cual cayó en manos de unos bandidos y pasó á las de esa grandísima vagabunda; y como esto hubiese dilatado la sentencia, hubo tiempo para que llegasen las verdaderas requisitorias de los hacendados, con lo que hubo lo bastante para que me sembrasen en la cárcel y dos días en el cepo, porque les cité á los escribas y fariseos de Ambalema dos ó tres artículos de la Recopilacion granadina y les eché una que otra indirecta. Es un infierno la cárcel en semejante temperamento. Creo que si llega á entrar un radical en la cárcel de Ambalema, no vuelve á escribir ni á hablar de las cárceles de los siglos medios; y á todo esto sin tener otro amigo que Juan Acero, que cayó preso conmigo, el cual siquiera me consolaba con la historia de todas sus peleas. ¡Qué hambres y fatigas las que yo pasaba en esa maldita cárcel! ¡Pero á mí me la pagan todos los manuevistas, como saber que hay Dios en los cielos! ¡Qué buen amigo ese Juan Acero! Yo se lo recomiendo á todos ustedes.

— ¿Y él?
— No volví á saber mas de él desde la noche que nos salimos de la cárcel. Tiene Juan Acero una voluntad incontrastable, una voluntad de hierro, un alma estóica y una rectitud de espíritu, que lo hacen el mejor de los caballeros. Dios quiera que no haya muerto, porque nos va á hacer mucha falta.

— Buen muchacho, dijo don Atanasio; el mejor garrote que he conocido en toda mi vida.
— Pero ya es tiempo de que mi compadre nos diga cómo salió de la cárcel.

— Fué una de esas casualidades que suceden en Ambalema.

— ¿Cuáles, compadre?
— Los incendios. Un incendio me libertó á mí y á otros muchos buenos cristianos que estaban sufriendo como yo las persecuciones de la justicia. Eran las nueve de la noche y sonó en la plaza un grito diciendo: «¡Que se quemara Ambalema!» Mas de la mitad de las casas de Ambalema son de paja, y esa paja es la hoja de una palma llamada guayacana, la cual arde en los veranos como pólvora, si se le arrima una chispa. En otros pueblos son los empajes de palma de cuesco, y es tanta la rapidez con que arden estos techos, que ha habido pueblo que en ocho minutos esté hecho cenizas. En Ambalema se sobrecoge la poblacion de tal modo al oír la palabra, ¡fuego! que no hay palabras como explicarlo. «¡Se quemara la cárcel!» gritaba una peona de los caneyes. «¡Agua, escaleras, herramientas!» gritaban los comerciantes.

— ¿Y qué hacia Vd. á todas esas? preguntó don Pascualito.
— Maldecir y renegar, porque no podíamos echar la puerta al suelo.

— ¡Qué desesperacion! dijo don Atanasio, lleno de espanto.

— Por fin cayó la puerta, continuó don Tadeo, y al salir nos dispersamos por entre la gente. «¡Se salieron los presos!» gritó el alcalde. «¡Los presos quemaron la cárcel!» decían en la mitad de la plaza. No tardaron en rodearnos á Juan Acero y á mí unos cuantos aduladores de los magnates; pero el denodado Juan se abrió campo con un palo de leña, y yo me escabullí por entre la gente, que no estaba, por cierto, para reparar en los presos. Tomé calle arriba, viendo las carreras y oyendo los lamentos; porque la hija buscaba á la madre, el padre de familia preguntaba por sus hijos, el marido llamaba á la esposa, la madre corria á retirar del peligro á una criatura de pechos; todo esto con lágrimas y carreras, y con una desesperacion que ustedes no se pueden figurar. Yo me detuve en la mitad de la loma, un poco mas abajo de una estancia que llaman el Castillo, y me senté sobre una piedra á ver en lo que paraba todo, porque desde allí se veía la ciudad. Estaba muy oscura la noche y las nubes mezcladas con el humo formaban un cielo colorado que se tocaba con las casas que ardian. Los enmaderados y la paja traqueaban al arder como la quema de una roza á fines de setiembre; los lamentos de toda la poblacion se unian al latido de los perros, para enloquecer mas á los que pensaban en la salvacion de la ciudad.

— ¿No le daba miedo?

— Les digo á Vd. la verdad, que despues de dos dias de cepo y ocho de cárcel, ha de ser un animal el que no se alegre de ver arder los calabozos en que estaba encerrado, hallándose á una buena distancia para no quemarse. Lo que tenia era que la candela estaba invadiendo de para arriba la manzana colateral de la plaza, donde estaban las principales tiendas, y ya sonaban las damezanas y los barriles de pólvora; pero esa no era la manzana en que vivian los pobres, sino el depósito de la riqueza ganada á los pobres en el comercio. Ya ardía toda la manzana, y la imaginacion me hizo anticipar el gusto que yo debo tener al ver arder los trapiches de los hacendados que me han perseguido; porque ese cuento de «así como nosotros perdonamos á nuestros deudores,» no es sino para las viejas camanduleras.

— Tiene mucha razon, exclamó don Pascual.
— Ya se disminuía el fuego, continuó don Tadeo, porque las peonas se atarearon á cargar agua del rio y los peones á desempajar casas á toda carrera; los pobres, porque yo supe despues que no hubo gente rica cargando múcuras de agua y desempajando casas. ¡Cuándo los ricos se ensucian las manos, habiendo pueblo que trabaje para ellos de balde! Por último, se apagó el incendio y se oscureció otra vez el lugar, y el Magdalena ya no reflejaba las llamaradas que subian hasta las nubes unos minutos antes. El alboroto se habia apaciguado, y pude oír con detencion y claridad las voces de algunas gentes que clamaban porque se castigase á los presos. Yo, que sabia lo que es el cepo de Ambalema, cogí camino para el canei del Tachuelo, me distraqué de antioqueño, de acuerdo con el dueño, y admití el destino de matar gusanos, que es el alfabeto del cosechero.

— ¡Pobre mi compadre! dijo don Atanasio.
— Matar gusanos al rayo del sol, porque yo no sabia ensartar hojas, ni coger, ni colgar, ni formar atados, que era lo que se practicaba en el canei, que estaba lleno de hojas ensartadas, colgadas en hilos de fique. La seccion de despulgadores se componia de tres muchachos muy malcriados, dos mozas sumamente conversadoras y un cochero burlon y muy engreido de su ciencia. Ninguno sabia que en mi tierra era yo el que movia las teclas por medio de la Recopilacion granadina, ni yo podia revelar este secreto, y siendo mi destino el de A y B en el alfabeto del canei, aquella canalla me trataba como tratan en los trapiches á los chinos que barren las caballerizas. Una de las mozas no era maleja y ya me comenzaba á mirar; pero el cosechero me hizo su primera amonestacion de esta manera:

— Mire, ñor mosca, que los gusanos no están en la cara de Nicasia. Espulgue bien el tabaco ó lárquese para los infiernos.

Todos me hacian burla, hasta la Nicasia; por otra parte, el peto sin sal, el arroz y el cuchuco de maiz no era lo mas gustoso, y resolví volver á espulgar los bolsillos con la Recopilacion granadina en lugar de las hojas del tabaco, sirviéndoles de diversion á los muchachos, á las mozas y al director de la seccion. Me vine para este lado, cada día mas persuadido de la verdad del adagio que dice: «Cada gallo en su gallinero es rey.»

— Es la verdad, compadre; lo que tiene es que el gallinero tiene un gallo nuevo.

— Pronto lo verá Vd. pidiendo cacao.
Era muy tarde; don Matías convidó á su compadre á que entrase á la alcoba y se acostase en la cama de las dos hijas, que estaba desocupada, quedándose los otros señores en las barbacosas de la sala; pero don Matías y su compadre entablaron nueva conversacion luego que doña Nicomedes estuvo dormida.

— Ha de saber mi compadre Matías, que yo vengo con el proyecto de meterme á ermitaño en las montañas de Santa Tecla y de la Hondura, para gobernar la parroquia por debajo de cuerda, y para vengarme de Manuela y de todos los oligarcas de las haciendas, porque lo que he sufrido no es cosa que se puede olvidar, aunque lo predique el cura Jimenez; y el cura tampoco me la va á penar. Un cura metido en la política de la parroquia es como si una mujer se metiese á leer la Recopilacion granadina, y peor todavía. Si Jimenez quisiera seguir la política mia, la política de mi partido, la política que desecha á los curas, entonces se quedaria como estaba; pero como no ha de suceder esto, pronto lo haré salir de la parroquia, sumariado como un criminal, que tambien los hay de corona.

— Compadre, no vaya Vd. á caer en alguna trampa de que no lo pueda sacar ni el diablo. Mire que la suerte se nos ha puesto un poco de punta. Yo mandé mis mulitas por allá del otro lado de Rio Grande, y un alcalde me las ha embargado, porque no hicieron los agentes lo que les mandé. Ahora seis dias le di una paliza al peon mas entendido en los escondrijos de las mulas y en los negocios de mis corresponsales, y temo las diabluras que me haga.

— Mal hecho, compadre, esa paliza nos puede costar muy caro.

— ¿Pero qué quiere Vd.? Me tenia inquieta una de mis hijas, y yo no soy tan partidario de la igualdad para mirar con frialdad y calma que un miserable me estuviera igualando á una de mis hijas con la turba de peonas mugrientas, aunque yo le favorecí á él una hermana; pero eso es muy diferente, porque yo tengo plata con que responder en todo caso.

— Sin embargo de todo, yo vengo á gobernar la parroquia por debajo de cuerda, y á vengarme á fuego y sangre de todos los hacendados.

— Eso hay que pensarlo, compadre.

— Lo tengo muy pensado. En los cuatro dias de mi viaje tuve tiempo para examinar mis proyectos, y veo que no hay obstáculo ni riesgo.

— Pues quién sabe, compadre.
— ¿Pero qué? ¿Los hacendados no hacen lo que se les da la gana? Don Leocadio desde su castillo feudal, como dice don Demóstenes, ¿no gobierna con sus leyes propias doscientos arrendatarios que no obedecen á las autoridades sin tomar su parecer? ¿No defiende á los criminales y reos prófugos, porque este servicio le cuesta menos que el servicio de los hombres libres? ¿No se excusa don Leocadio del servicio público que imponen las leyes, y de los servicios privados de caminos y puentes? ¿No les prohíbe á sus arrendatarios que cumplan con el servicio personal de los caminos, por tener el gusto de que los pobres de otros sitios ó partidos hagan camino para él y para sus mulas? ¿No sentencia y castiga como señor feudal? ¿Y qué le sucede á don Leocadio? ¿Qué les sucede á todos los que hacen su gusto atropellando leyes y autoridades? ¿Quién los acusa? ¿Quién los castiga? Los majaderos, los sumisos, los santos son los que la llevan perdida, ó diremos mas bien, los zoquetes. ¿Los intereses de los escrupulosos no van á dar á las manos de los hombres vivos y de empresa, y que no se paran en pelillos? ¿Qué vamos á hacer, si esto no es sino el efecto de una constitucion acomodaticia, de una legislacion floja y de una política que santifica la impunidad de los delitos? ¿Qué se hace en este caso, ser victima de los atrevidos, ó ser atrevido con los atrevidos?

— Pero atienda, compadre, que las leyes de la Nueva Granada son de tira y afloja. ¿No se acuerda que á Simona y María las sembró Vd. en la reclusion por unas voces que tuvieron con la niña Cecilia, y que los huesos del viejo quedaron sembrados allá en el monte de Teua?

— ¿Y qué?
— ¿Y qué? que Vd. se puede perder si los señores oligarcas toman la Recopilacion granadina por el lado que no tiene espinas.

— ¿Y qué? volvió á decir don Tadeo con enfado.
— Que lo acusan á Vd. por cualquiera de sus chanzas, y lo meten á la cárcel y lo echan al presidio.

— Es cierto que las cosas se deben pensar por todos sus cuatro costados. Tal vez me encuentran por querer imitar la quema de Ambalema; tal vez me pillan cosiendo á puñaladas al viejo Blas en el Retiro, y quizá no puedo deshacer los cargos de los testigos, que es lo mas arduo que me puede suceder. Pero todo esto, ¿qué significa en un pais dividido en partidos políticos, que arrancan á los reos de los patibulos, ó de los presidios ó de las cárceles por hacerse á partidarios? ¿En un pais que despues de una revolucion, abre las puertas de las cárceles y abriera las de las penitenciarias, si las hubiera? Y siendo así, como lo es afortunadamente, ¿qué es lo que me puede suceder?

— Pues Vd. lo vea, compadre; es Vd. malicioso y sabe caer de piés como los gatos; pero tambien dice el dicho, que tanto va el cántaro al agua hasta que se lo lleva el diablo.

— Lo tengo muy pensado. Me meto á ermitaño y gobierno la parroquia desde los montes. Cuento con el auxilio de Vd. y del hermano Anastasio, de la señora Sinfioriana y de don Pascualito: eso sí, que nadie mas lo sepa. Mañana va Vd. y me trae á Cecilia y la Recopilacion granadina, y me le dice al juez 2º que si no la va conmigo le rebullo la causa que tiene pendiente, y que se lo lleven los diablos. Trágame papel comun y sellado, tinta, plumas y una navaja. Y no hay que andar con lástimas con nadie, ni hay que pararse en pelillos para nada; que arda una que otra ramada, que se marche al infierno uno que otro de los que nos hacen estorbo, que se largue el cura Jimenez á rezar novenas á Bogotá; nada nos detenga en nuestros proyectos. Aprovechemos la anarquía general de la república, mientras viene el día en que sea gobernada por leyes fuertes.

— De veras, compadre, que los escrupulosos son los que se friegan.

— Lo que Vd. no nos dijo, fué quién le pegó fuego á la cárcel de Ambalema.

— A ver que esto no ha de salir de nosotros, y mi comadre está dormida. Fué Juan Acero con una pajuela que yo tenia en mi cartera y subiéndose sobre mis hombros. Lástima de Juan Acero que se haya ido á Santana, ó á Antioquia, ó quién sabe adónde, y que vaya por allá y lo maten en alguna pelea; porque Juan Acero no es de los que reparan en jueces, ni en Dios, ni en lágrimas de niñas inocentes, ni en tropa armada, ni en escrupulos de ningun género: es un muchacho excelente.

A este tiempo latieron los perros, y asomándose don Matías por una ventanilla, dijo:

— ¡Con todos los diablos, que nos han rodeado la casa! Y saliendo por la puerta secreta, logró descender á la quebrada y escapar.

Era ciertamente una partida de tropa armada, que rodeó todas las casas y las ramadas; fueron apresados dos peones del trapiche, don Atanasio, ñor Cruz y el corresponsal de Sogamoso. Don Pascual hizo notar al jefe de la partida que él era una persona muy conocida por su honradez, y fué puesto en libertad. Parte de la tropa entró á registrar toda la casa, y tomó todos los papeles que estaban en el cajon, mas no el dinero que habia. Don Tadeo salió con su traje de mujer al lado de la señora Nicomedes, y tomando una senda conocida, se internó en los bosques de la Hondura, en donde comenzó á poner en ejecucion sus planes. Allí fué en don-

de lo halló don Demóstenes, con motivo de la cacería de cafuches.

La novedad era grande por cierto. Se consumaba la destrucción de la sociedad baratera.

El peon que se fugó de la Hondura reveló á los hacendados varios secretos muy importantes; y ellos y don Demóstenes pusieron un posta al gobernador de Bogotá, y este mandó á la cabecera del canton tropa armada y un visitador fiscal, el cual se impuso de algunas causas que existían en los archivos, que versaban sobre la sociedad baratera, que otros llamaban sociedad cuatrecera, y procedió á embargar las mulas de varias estancias y trapiches, y aprehender á algunos individuos contra los cuales habia quejas repetidas. De manera que en una misma noche cayó la fuerza armada sobre varias estancias, y en el día ó noche de que hablamos, se recogieron en la corraleja de la Hondura las mulas de sus potreros y las de varios otros parajes, y de allí fueron conducidas á la cabecera del canton.

Varios individuos fueron reducidos á prision, y otros se ocultaron ó se retiraron á otros distritos.

En consecuencia de estos hechos se fijaron avisos, y concurrieron de provincias muy distantes y de las limítrofes á buscar mulas que se habian perdido en distintos lugares, y en efecto, se hallaron algunas. De este modo terminó el susurro de treinta años que habia contra varias estancias y trapiches del canton de que estamos hablando.

XXVIII.

EL ARCHIVO DE DON TADEO.

Serian las diez de la noche cuando llamaron á despachar en la tienda de la señora Patrocino, y como la menos perezosa de todas las de la casa era Manuela, se levantó y abrió.

— Buenas noches, niña Manuela, le dijo ñor Dimas con sumo cariño.

— Así se las dé Dios, taita Dimas.

— ¿Qué tal mi *señú* Patrocino y toda la familia?

— Regulares, taita Dimas. ¿Y mi comadre, y *nuá* Melchora, y los muchachos?

— Pasaderos y pensándola muchísimo todos los días.

— Tanto les agradezco. ¿Y qué lo trae por aquí tan tarde de la noche?

— A ver si me fia un cuartillo de aguardiente del mas bueno que tenga, porque así me lo han recetado para mis males.

— ¿Por qué no? dijo Manuela, y se volvió á los estantes para alcanzar la botella y el vaso.

— ¡Aaaaah! dijo taita Dimas, limpiándose la boca con la punta de la camiseta; Dios se lo pague á la niña Manuela.

Manuela pintó una rayita con un carbon y le dió un tabaco al montañés, y este hablando muy quedo le hizo esta pregunta:

— ¿Podremos hablar con el caballero?

— ¿A estas horas, ñor Dimas?

— Es que lo necesito para un asunto de mucha importancia.

— ¿Quiere que le avise?

— Ojalá que la niña Manuela me hiciera ese bien.

Atravesó Manuela la sala y se dirigió á la alcoba en que dormía don Demóstenes, mas al abrir la puerta, en lugar de dirigir la palabra á su huésped, se volvió bruscamente entornando la puerta con violencia. Habia alcanzado á ver á su huésped escribiendo en la mesa, y una mujer de pié junto á él: era Cecilia.

Don Demóstenes, al sentir á Manuela, habia alzado la cabeza; y viendo que se volvía sin decirle una palabra, salió tras ella, la alcanzó en el corredor de la despensa, y deteniéndola, le dijo:

— ¿Por qué te vuelves á salir?

— Porque Vd. tiene visita.

— Entra y la saludas.

— ¿Yo? ¿á mi mortal enemiga?

— Pues has de saber que te aprecia, y hasta me ha dado avisos muy importantes para tu seguridad.

— Apreciarme á mí la hija de la Vibora? Es favor que usted le quiere hacer. Entre y atienda á su visita... ¡Con que así le hace Vd. la guerra al viejo Tadeo! ¡agregó con una especie de risa burlona y al mismo tiempo amarga.

— Pronto quedarás enterada de que Cecilia me ha revelado muchos secretos en tu favor. Por ahora quiero que sepas que ha venido á llevar una carta, y mientras me puse á escribirla, ha tenido que aguardar en pié, porque tú no has hecho traer la silla jesuitica que estaba incluída en el arriendo primitivo de la sala,

me ha matado el gamonal y me ha enterrado en el monte, y presto me olvidarán todos los de mi parroquia. ¡Adios, adios, don Demóstenes!

— ¡Adios, adios! repitió el bogotano enternecido.

No tardó dos minutos en entrar por el lado del patio el estanciero de la montaña, y saludando á su compañero de cacería, se quitó de la espalda una mochila y se la entregó, diciéndole:

— Aquí tiene su merced todos los papelajos de ñor don Tadeo; pero la petaquita no se la traje, porque se la tenía citada á mi casera desde el dia que cogimos los tres cafuches en la cueva.

— Hombre, ¿los papeles del gamonal? ¿De veras, taita Dimas? ¿De veras?

— Y para qué le iba yo á mentir? Todos están aquí.

— Es un tesoro lo que me trae. Mil secretos de importancia vamos á descubrir en esta coleccion. ¿Y cómo descubrió el archivo?

— Fué que les dije á las caseras que yo me iba á sacar colmenas y agarré los calabazos y la hacha, y me planté primero en un puesto de la trocha de la montaña y despues en otro, mirando para la copa de los árboles y de las guaudas. En estas ví pasar á la vieja Claviya y me le fui al rostro por el lado del monte, ví que se metió por una senda, y fué á dar á la puerta de una cueva; yo me quedé atisbando. No tardó ni siete credos en volver á salir, y yo me quedé firme en la parada, sin estornudar, ni hacer alboroto, porque la parada se ha de hacer como Dios lo manda. Cuando ya las antiguas comenzaban á cantar, salió de la cueva el hombre Tadeo y cogió para la estancia de Santa Tecla; entonces yo me soplé á la cueva y allí topé la petaca, y junto estaba la tinta y todas las herramientas de la escribanía, y una limeta con aguardiente, que no quise tocar, no fuera algun maleficio. Por lo que es la petaca yo la traspuse, y los papeles aquí los tiene su persona enteros y verdaderos para que se divierta con ellos; pero eso si, cuidado con ir á meter al viejo Dimas en danza; porque ya podía contar con un runcho en la barriga de las manos de esa bruja, que no por buena la llamarán la Vibora.

— Es Vd. el mas valiente entre los denodados, y cuente con el secreto hasta la tumba, dijo don Demóstenes; y desdoblado un papel, lo comenzó á leer, diciendo:

«Lista de los socios de la Gran Compañía de los hermanos barateros de la Hondura.»

— ¿Usted conoce todos estos caballeros? preguntó don Demóstenes al cazador de la montaña, despabilando la vela que casi no daba luz.

— Los que son de la parroquia, y uno que otro de la cabecera del canton. Los otros son de tierras que yo no conozco.

— ¿Con que don Cruz, don Matías, don Anastasio y don Pascualito, qué le parece? ¿Y don Juan Acero?

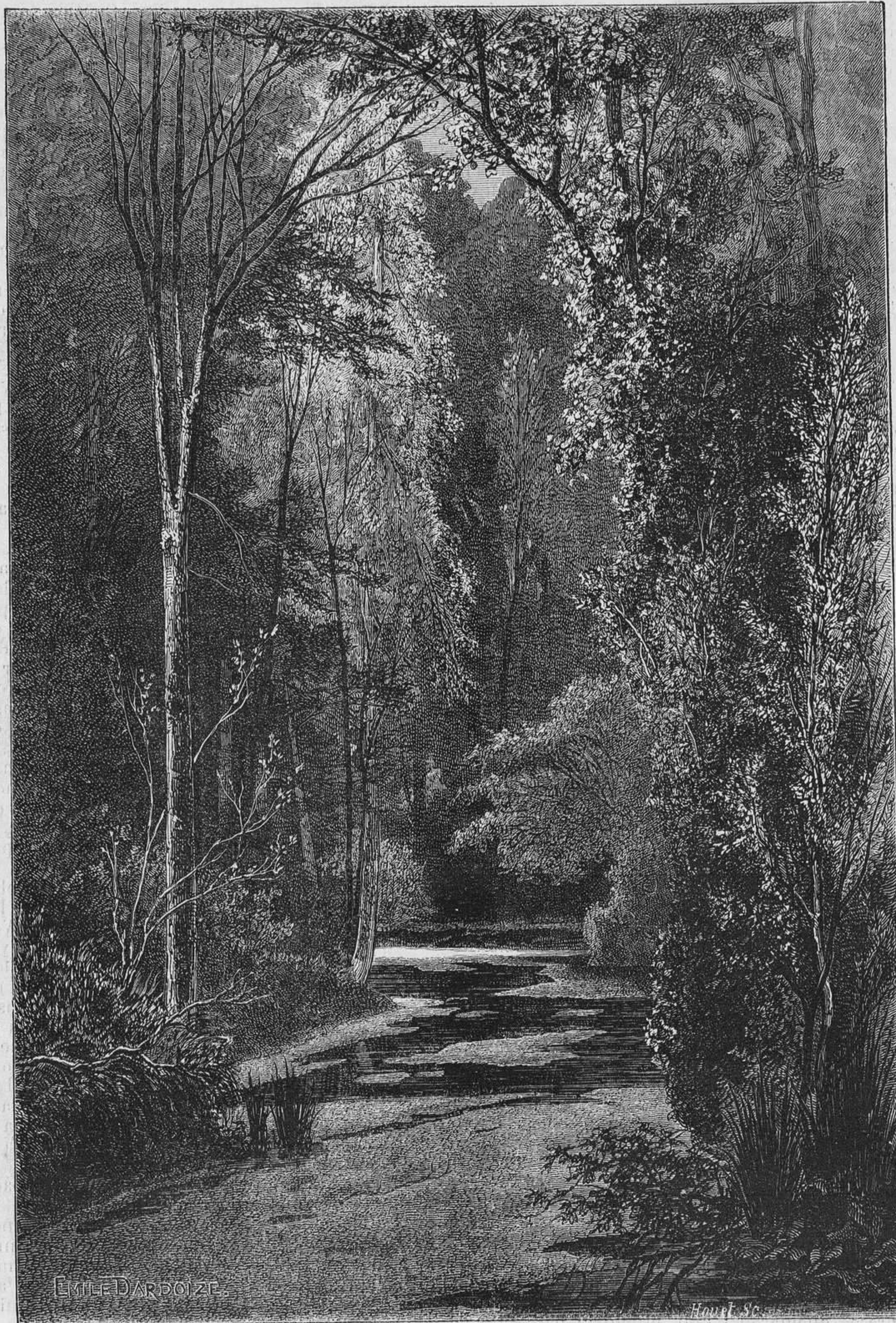
— Sí, señor, y todos los demás que reza el papel.

— De Juan Acero se me habia puesto, porque tiene todas las trazas de un *matroz*, malerido como un salvaje. Por poco tengo que pelear con él un dia que iba al Retiro y le pregunté por el camino.

— Y pechugon como el puro diablo. Allá se me estaba ya metiendo á sonsacarme á la niña Pia. Y para eso que se dejan creer de todo el que les dice que son bonitas, y ellas lo creían y se reían con él hasta que dije, que si le seguían haciendo conversacion, les metía su pela á la hija y á la mama, y de este modo lo echaron á tizonazos, y se acabaron las visitas.

Don Demóstenes desdobló otro papel, y leyó esto:

(Se continuará.)



Soledad, cuadro de M. Dardoize.

— Tengo muy poco interés en lo que Vd. me dice; vine por avisarle que taita Dimas lo necesita.

— Pues entreténo un instante mientras concluyo la carta, y cuando salga Cecilia, lo introduces. Encierra á Ayacucho para que no ladre.

Volvió don Demóstenes á su cuarto, concluyó la carta y se la entregó á Cecilia con algunas explicaciones á la voz y dándole unas cuantas monedas.

— ¡Cómo siento que no le hubiera hecho Manuela la visita por culpa mia! dijo Cecilia.

— No, no era visita, sino el aviso de unas cartas de importancia.

— Puede ser; pero cuidado con el novio, que en la esquina de arriba estaba parado cuando yo me vine para la casa de usted.

— No hay cuidado, Cecilia, no hay cuidado.

— Adios, don Demóstenes. Que nadie sepa mi paradero. Pronto creerán que me fui para Ambalema, ó que

LA CARIDAD, POR DAMOURETTE.



Damourette

Por dar ejemplo.



Damourette

Por lástima.



Damourette

Por devocion.



Damourette

Por miedo.

La Damisela del Castillo,

CUENTO

POR DON VICTOR BALAGUER.

(Continuación.)

Ni se le dió tiempo de gritar, y todo fué obra de un momento.

Cuando Rogerio se vió libre de la manta que lo ahogaba, fué para sentirse atado estrechamente de piés y manos y cerrada su boca por un tupido lienzo. A mas de esto, no contentos aun sus agresores, que debían ser dos por lo menos, le arrastraron hácia la pared de la cabaña, y por medio de una nudosa correa le ataron á un garfio de hierro clavado en un poste, dejándole allí sentado en el suelo, en bien difícil, si no imposible posición, para hacer el menor movimiento.

La oscuridad que reinaba impidió que la víctima pudiera ver los semblantes de sus agresores, pero cuando todo estuvo concluido en medio de un silencio interrumpido solo por la voz del trueno y el ruido de la lluvia que azotaba el techo de la cabaña, oyó como uno decía al otro:

— Ahora, Bocanegra, á dormir hasta que haya pasado la tempestad.

Una especie de sordo gruñido le contestó, y el llamado Bocanegra, sin decir nada, fué á acomodarse en un rincón de la choza. El otro debió hacer lo mismo, y reinó el mayor silencio en el interior de aquella cabaña, donde no parecía ya que nada hubiese pasado.

No pudo atinar Rogerio, por mas cavilaciones á que se entregó, quiénes eran aquellos dos hombres, pero fácilmente lo habrá adivinado el lector. El uno era Erasmo; el otro el gigante Bocanegra, que á las órdenes del primero habia puesto el conde Arnaldo. Estaban apostados para sorprender á Rogerio, cuando regresara de su cita de amor, pero la tempestad les hizo buscar un abrigo en la cabaña, á la puerta de la cual, por la misma causa, fué luego á llamar el page.

Por la mañana el día apareció risueño y despejado, el sol mas esplendoroso iluminó valles y montañas; solo en el parque algunos árboles caídos, algunas plantas abatidas demostraban las huellas de la pasada tempestad.

Cerca de medio día, Dulce bajó al jardín á visitar sus queridas flores, las pocas que el huracán habia dejado, é inclinada se hallaba arreglando una mata, cuando apareció el conde Arnaldo junto á ella. El conde inspiraba á la damisela un sentimiento instintivo de repulsión, que no era dueña de reprimir cada vez que le veía. Así es que como siempre, se estremeció ligeramente.

El conde notó este movimiento.

— ¿Os desagrada mi presencia, damisela Dulce?

— No por cierto, exclamó la jóven con indiferencia.

— Me habia parecido notar en vos un movimiento...

— Casual si acaso.

El conde no insistió. La damisela dió algunos pasos, y el conde la siguió, colocándose á su lado. ¿Cómo rehusar su compañía?

Así y en silencio marcharon algun trecho.

— ¿Habeis pensado bien en lo que me dijisteis el otro día, Dulce? preguntó por fin el señor de Mongrony viendo que la jóven se mantenía reservada y silenciosa.

— ¿Y qué es lo que os dije, conde?

— ¿No recordais?

— No recuerdo.

— Me dijisteis que nunca seriais mi esposa.

— Es verdad.

— ¿Y... y persistís hoy en lo mismo?

— Persisto, contestó con serenidad la damisela. ¿A qué vendría haber variado de opinión?

La cólera chispeó en los ojos del conde Arnaldo.

— Damisela Dulce, exclamó, habeis aprendido en la escuela de la rebeldía á desobedecer las órdenes de vuestro abuelo y señor, y eso os traerá perjuicio. A las niñas desobedientes se las castiga y se las obliga á obedecer.

Dulce levantó la cabeza, y con aire de dignidad ofendida miró de hito en hito al conde.

— ¿Habeis hablado de castigo, señor conde? preguntó con aparente calma.

— De castigo para vos y para vuestro cómplice.

— ¿Mi cómplice! ¿Qué quiere decir esto?

— Esto quiere decir que tenemos en nuestro poder á cierto rondador nocturno del castillo, el mismo que todas las noches se acercaba á la reja de la torre del Pino...

La damisela se sobresaltó y perdió el color.

— ¿Dios mio! dijo, ¿os habeis atrevido?...

— ¿A qué, señora? preguntó el conde con toda calma.

— ¿Habeis puesto preso á Rogerio?

— Si es así como se llama cierto villano que se habia empeñado en apartar del camino de sus deberes á una noble damisela, le hemos puesto preso efectivamente, y á su prision seguirá en el acto su castigo.

— ¿Y ha dado semejante orden mi abuelo? preguntó la asombrada jóven.

— La ha dado quien podia darla, contestó el conde eludiendo la pregunta, pues comenzaba á sentirse en terreno firme.

Dulce, por el contrario, iba perdiendo el suyo.

— ¡Preso! exclamó con doloroso acento. ¡Rogerio preso! ¡Y por mi causa!... No puede ser... Es imposible.

— Si dudais de ello, damisela, servios acercaros conmigo á la torre del Norte, y podreis verlo.

Dijo esto el conde Arnaldo, señalando la torre que se elevaba á un extremo del parque.

Y comenzó á andar hácia ella. Dulce le fué siguiendo, pálida y sobrecogida. El conde golpeó con el puño en la puertecita de la torre, y abrió la puerta una especie de gigante, de mala catadura, á quien Dulce no conoció por ninguno de los servidores del castillo. Era Bocanegra.

— ¿Dónde está el preso? preguntó el conde.

Bocanegra señaló una puerta baja abierta al pié de la escalera que comunicaba con los pisos superiores de la torre. Un desolador espectáculo se presentó á los ojos de Dulce así que hubo atravesado el umbral de aquella puerta. El page Rogerio estaba de pié, atado á un poste, pálido, el vestido destrozado, contraído el rostro por los esfuerzos hechos sin duda para escapar á las ligaduras y á la especie de mordaza que cerraba su boca. A pocos pasos de él habia un ataúd abierto y vacío, como en disposición de recibir un cadáver, y dos antorchas clavadas en garfios de hierro iluminaban con sombrío resplandor esta escena.

— Conde, exclamó la jóven recobrando por un momento la fuerza varonil que parecia haber perdido, mandad que desaten á mi page y le pongan en libertad.

Una fría sonrisa se dibujó en los labios del señor de Mongrony.

— No está en mi poder el mandar lo que me pedís, damisela; pero puedo daros un medio para que consigais vuestro deseo.

— Decid.

— Vamos en el acto á ver á vuestro abuelo, decidle que estais dispuesta á darme la mano de esposa, y yo os ofrezco que, comprometida vuestra palabra, ese hombre será puesto en libertad.

— Conde, es infame valerse de este medio y apelar á semejantes armas. Yo corro á ver á mi abuelo, me arrojare á sus piés, le suplicaré, y...

El conde Arnaldo llegó á temer por un momento que llevase á cabo su plan la damisela, destruyendo así toda su obra. El anciano Galceran de La Roca nada sabia de lo que pasaba, y demasiado conocia el conde que se irritaria si llegaba á su noticia. Nadie como el señor de La Roca mas celoso de su autoridad y de sus derechos. Un hombre como él no perdonaria que alguien se hubiese propasado á actos de autoridad en sus tierras.

— Es inútil, dijo el conde interrumpiendo á la damisela. Antes de que llegueis á la presencia de vuestro abuelo, el preso habrá dejado de pertenecer al mundo de los vivos. Mirad, ahí teneis el ataúd que ha de recibir su cadáver, y ese hombre, añadió señalando á Bocanegra, tiene orden de darle muerte en cuanto hayamos salido de este recinto.

Bocanegra hizo un horrible gesto y una señal de asentimiento con su cabeza.

— ¡Oh! exclamó solo la damisela, ocultándose el rostro con las manos, en medio de la mayor desesperación.

— Decidíais, pues, prosiguió el conde, porque los instantes de ese hombre están contados. Si os comprometéis á venir conmigo para decirle á vuestro abuelo que estais dispuesta á ser mi esposa, ese hombre vivirá, yo os lo fio, y se le facilitarán recursos para pasar á un pais extranjero. De lo contrario, antes de diez minutos, aquel ataúd vacío encerrará un cadáver.

Dulce levantó su hermoso rostro bañado en lágrimas, y sin mirar á Rogerio que estaba clavado en su poste haciendo inútiles esfuerzos y retorciéndose en medio de su impotencia para romper sus ataduras, se dirigió al conde.

— Si hay algo de humano en vuestro corazón, exclamó con el acento del dolor, matadme á mí antes que á él, ó matadnos á los dos al menos.

— A vos no, damisela; á él, si continuais faltando á vuestro deber.

— ¡A nadie! gritó una voz robusta, sonando á espaldas de los personajes de esta escena.

Todos se volvieron asombrados.

Era la del anciano señor de La Roca, que entraba en la fúnebre estancia, adelantándose perezosamente apoyado en su bastón. Habia visto desde una ventana del castillo á Dulce en conversacion con el conde, y habia bajado con objeto de unirlos, llegando tras de ellos á la torre, é introduciéndose por la puerta que Bocanegra no se habia cuidado de cerrar. Asombrado con lo que allí pasaba, se habia quedado inmóvil un momento en el umbral, y habia podido hacerse cargo del asunto.

La jóven á la vista del anciano, dió un grito de júbilo y se arrojó en sus brazos.

— ¿Qué es eso, conde Arnaldo? exclamó entonces el anciano caballero. ¿Cómo á tales demasías se atreve un noble en mi castillo? ¿Quién os ha dado autoridad en mis tierras para prender á mis vasallos y hacerles juzgar? Vuestra acción es la de un ruin y mal caballero. Salid pronto de esta mansión que manchais con vuestra presencia. ¡Fuera, mal caballero, fuera de mi castillo!

El señor de Mongrony se puso cárdenc de ira. Sus ojos brotaban llamas, sus dientes rechinaban, sus puños se crispaban, é hizo hasta ademán de recurrir á la daga que llevaba en el cinto. Detuvo su movimiento, sin embargo, y exclamó conteniéndose todo cuanto le fué posible:

— Respeto vuestras canas y avanzada edad. A no ser

así, os hubiera pedido que midiérais vuestras armas con las mias.

— Siempre que gustéis, conde. Aun tiene vigor este brazo de anciano para manejar el acero templado con sangre de enemigos en cien batallas.

Pero el señor de Mongrony no le escuchaba ya. Al pronunciar su última palabra, habia salido de la torre en direccion al castillo.

Bocanegra era el que habia permanecido en la torre.

— Desátame á ese jóven, bribon, le dijo el caballero de La Roca, y vete á reunir con tu noble y digno señor.

Bocanegra se inclinó ceremoniosamente, y obedeció sin pronunciar la menor palabra, segun su costumbre. Cortó con el puñal las ligaduras de Rogerio, le quitó la mordaza, le ayudó á sostenerse en pié hasta que sus miembros entumecidos hubieron recobrado su elasticidad, envainó su acero, y haciendo luego un profundo saludo á Dulce y al señor de La Roca, se alejó sin haber desplegado sus labios.

Rogerio se precipitó hácia el anciano y besó su mano, mientras que dirigia una tiernísima mirada de amor á la damisela.

El caballero de La Roca sintió humedecidos sus ojos por una lágrima.

— Si fueras noble, hijo mio, dijo al page, por oscuro que fuese tu nombre, te concederia la mano de mi nieta querida. Pero desgraciadamente no lo eres, y tú no puedes exigir que el último vástago de la casa de La Roca se enlace con un pechero. Vete, pues; abandona este castillo, y olvida á Dulce, como ella me complacerá olvidándote á tí.

Rogerio volvió á mirar á la damisela. Esta le dirigió una mirada que queria decir en su mudo, pero expresivo lenguaje: « ¡Oh! no, no te olvidaré jamás. »

— Parte, Rogerio, parte. La bendición del cielo te acompañe. Abandona estos lugares, y yo me encargo de la suerte de tu abuela Amaltrudis.

Dijo el anciano, y tomando el brazo de Dulce se dirigió lenta y trabajosamente hácia el castillo.

VI.

DE COMO DIOS LOS CRIA Y ELLOS SE JUNTAN.

Rato hacia que la hora de media noche habia pasado; reinaba el mayor silencio y todo el mundo dormia ó poco menos en el castillo, cuando se dejó ver una luz misteriosa en el fondo de una galería, luz que iba poco á poco avanzando en direccion al ala oriental del edificio. Era despedida por la linterna que un hombre llevaba en la mano.

Avanzaba este personaje con toda precaución como si temiese ser oído, parándose á cada instante para interrogar el silencio, inclinando el cuerpo y la linterna hácia adelante para registrar la oscuridad, y procurando mitigar el ruido de sus pisadas, que al mayor descuido podian hallar un eco traidor en las bóvedas del castillo. De este modo siguió andando y atravesó sin ser notado la galería y varias antecámaras hasta llegar á una labrada puerta ante la cual se detuvo. Empujóla suavemente, pero viendo que no cedía á su impulso, dió con su puño cerrado un golpe seco en una de sus hojas. Tres veces hubo de repetir el llamamiento antes que, abriéndose la puerta, le pusiera frente á frente de un hombre que no era otro que el conde Arnaldo.

— ¡Ah! ¿eres tú, por fin, bribon? dijo este volviendo á cerrar la puerta, luego que hubo entrado el hombre de la linterna.

— Vuestro obediente servidor, contestó Erasmo inclinándose y dejando en un rincón de la estancia la linterna.

El conde se cruzó de brazos y se puso á pasear por la sala con las cejas fruncidas y la mirada centellante, no haciendo en ello sino proseguir la ocupación que tenia antes de llegar Erasmo. Este se quedó á un lado, en pié y respetuoso, aguardando que nuevamente se le volviera á dirigir la palabra. Antes de efectuarlo, el señor de Mongrony dió cinco ó seis vueltas por el aposento. Por fin, parándose repentinamente en mitad de uno de sus paseos, al cruzar por delante del fingido médico hebreo, se encaró con este y le dijo:

— Ya lo ves, ya estás viendo el fruto producido por tus consejos y por tu diabólico plan que Dios condene. He sido echado del castillo como si fuera un perro, y se me ha hecho semejante afrenta á mí, el conde Arnaldo, sin que haya castigado al imprudente viejo que á tanto se ha atrevido. ¡Hé ahí por cierto una famosa victoria! Yo he perdido todas mis esperanzas y ese maldito page está en libertad. ¡Ira del cielo!

Y el conde acompañó este juramento con una violenta patada que hizo temblar el pavimento.

— En cuanto á que hayais perdido las esperanzas, señora, exclamó Erasmo con burlona sonrisa, no lo juzgo así; y en cuanto á que el page se halle en libertad, me permitiréis que no sea de vuestro parecer.

— ¿Cómo? dijo el conde, parándose en mitad de su paseo que habia vuelto á continuar.

— El page, señor, está á buen recaudo. Vuestro gigante Bocanegra tiene unas piernas tan largas como seguros y firmes son sus puños.

— ¿Y qué?

— Que ha sido fácil alcanzarle antes que saliera del vecino bosque, y como la ocasión era propicia y el lugar desierto...

— ¡Miserables! ¿le habeis asesinado?

— ¡Asesinado! ¡Oh, librenos Dios, señoría! Bocanegra se ha contentado con echarle mano y maniatarle, sin abrir los labios según su costumbre. Teneis una alhaja en ese servidor, señor conde.

El caballero se quedó un momento reflexivo.

— Pésame, dijo á los pocos instantes, pésame que lo hayais hecho sin consultar mi voluntad. Esto os hubiera evitado tener ahora que soltar al page.

— ¡Soltar al page! exclamó sorprendido Erasmo.

— En cuanto apunte el día. ¿Para qué necesito tenerle preso? ¿Qué falta me hace?

El fingido hebreo miraba al señor de Mongrony con asombro.

— Sí, ninguna falta me hace, repito. ¿No me echan de aquí como un intruso? ¿No tengo mañana mismo que abandonar este edificio?

— ¿Y vais á salir del castillo, señor? preguntó Erasmo.

— ¿Pues qué mil diablos quieres que haga?

— ¿Renunciando á todo?

— A todo.

— ¡A todo, voto al demonio! ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Erasmo estaba asombrado.

— Ya que estais pues decidido no hay que hablar, murmuró encogiéndose de hombros, y por lo mismo, como ninguna falta os hago, permitid que me retire...

— Y el caso es, dijo el conde, como si no hubiera oído á Erasmo, el caso es que esos condenados judíos han accedido solo á darme tregua con la esperanza de mi enlace con Dulce... ¡Condenación de Dios!

Y se dejó caer en un sitial. Erasmo se le acercó con indiferencia y sangre fría.

— Con vuestro permiso, señor conde.

— Oye, Erasmo, exclamó de pronto el señor de Mongrony sin que al parecer hiciera caso de la pretension que de retirarse mostraba el fingido médico, oye: tú eres hombre de intriga y puedes darme un consejo. Dime lo que debo hacer.

Erasmo titubeó.

— Habla, habla francamente. Te permito que digas todo lo que piensas sobre mi situación.

— ¿Podeis pagar á vuestros acreedores?

— No tengo ningun maravedí para ello.

— Pues entonces, no debeis salir del castillo.

— Ya, pero ¿cómo hacerlo? ¿Qué medio hay?

— Se busca... se busca y se encuentra.

— No estoy yo para romperme la cabeza. Búscalo tú.

Erasmo miró á todos lados como para asegurarse de que nadie le oía y se acercó mas al conde, hablándole en voz baja y misteriosa.

— Si no estoy mal enterado, quedais único tutor de la damisela en caso de faltar el señor de La Roca, ¿verdad?

El conde levantó la cabeza y miró á Erasmo.

— Sí, le dijo.

— Si vos fuérais tutor, tendríais un derecho sobre ella y podríais fácilmente obligarla á que os diera la mano.

— El señor de La Roca es viejo, es anciano, está achacoso...

— Sí.

— Y por consiguiente...

— ¿Por consiguiente? preguntó el conde incorporándose á medias en su sillón y mirando cara á cara á Erasmo.

El criado sostuvo la mirada del caballero. Pareció por un momento que toda la vida de aquellos hombres habia pasado á sus ojos, y que sus corazones, dejando de latir, acababan de transmitir todo su calor y vital animación á sus miradas. Contemplándose estuvieron sin pestañear por algunos segundos. El conde Arnaldo fué el primero en ceder, dejándose caer en el sillón.

¿Se habian comprendido? Difícil seria decirlo, pero es lo cierto que la conversacion continuó bajo otro tono mas familiar.

— Por consiguiente... repitió el conde cuando se hubo vuelto á sentar.

— Nada, señor, contestó Erasmo, dejando caer una á una de sus labios las palabras, como si tratara de dar á todas su valor. Quería solo indicaros que yo soy el médico del caballero de La Roca y que este se halla en el día sujeto al régimen que le he trazado, régimen con el cual, y ayudado de Dios, espero calmar sus dolencias y su gota. Sin embargo, señor, el caballero está achacoso, y á su edad no siempre se resisten los disgustos. El que hoy ha tenido, ha influido en él de una manera extraordinaria y dos veces he sido llamado para asistirle y para calmar las convulsiones que le afectaban. Ahora mismo voy á su cuarto, y...

— ¿Y dónde has aprendido tú el arte de curar?

— En casa de mi antiguo amo, vuestro conocido. Entre judíos se aprende mucho y pronto, señor conde. Son unos grandes maestros y poseen toda clase de secretos. No hay yerba en el campo de que no conozca á fondo todas sus cualidades, buenas ó malas.

— Decias, pues...

— Decia, que voy ahora mismo á la cámara del señor de La Roca, llamado por tercera vez, y pienso administrarle una tisana con ciertas yerbas cuyo mérito me es conocido y que he ido á buscar esta noche yo propio en los alrededores del castillo.

— ¿Y esa tisana?

— Deberá calmar por completo sus dolores.

— ¿Por completo?

— Por completo, señor conde.

— ¡Oh! lo deseo en el alma, Erasmo, dijo el conde

esforzándose por dar á su voz un tinte de convicción y de dulzura. Ciertamente es que, como decias hace poco, faltando el caballero de La Roca, me hallo yo tutor de la huérfana damisela, la cual se veria entonces precisada á darme su mano: es tambien muy cierto que yo entonces administraría los inmensos bienes que posee la familia de La Roca, pero á pesar de ello, Erasmo, no deseó la muerte del anciano caballero. Sin embargo, Dios dispondrá de él como tenga por conveniente, y su voluntad será hecha. ¿Tienes, pues, confianza en tu arte?

— Absoluta, señor.

— ¿Y crees que esa tisana que me decias?...

— Producirá el mejor resultado, sí, señor.

— Que Dios ponga tiento en tu mano, Erasmo.

— Así sea.

— Puedes ya ahora retirarte. Deseo descansar un poco.

Erasmo se inclinó y cogió su linterna.

— ¿Hay necesidad de que se suelte al page? preguntó.

— No, lo he reflexionado mejor, contestó el conde.

Me parece que debemos conservarlo. Es un rehen...

— Y un rehen siempre es un rehen, dijo Erasmo acabando la frase. Buenas noches, señor conde.

— Adios, Erasmo, dijo el señor de Mongrony afectuosamente.

Erasmo dió algunos pasos como para retirarse.

— ¡Ah! exclamó el conde, oye: Si algun dia quisiera Dios que por muerte del señor de La Roca me encontrase tutor de la damisela y administrador de sus bienes, te nombraré mi mayordomo en jefe. Será una recompensa debida á la solicitud y esmero con que cuidas ahora del buen anciano.

— Señor... dijo Erasmo, inclinándose hipócritamente en señal de gratitud.

— Ve, Erasmo, ve á velar el sueño del caballero. El lugar del médico debe ser junto al enfermo.

Erasmo volvió á saludar respetuosamente, y atravesando la habitacion y cerrando tras sí la puerta, partió murmurando entre dientes:

— ¡Ya eres mio!

En cuanto al conde Arnaldo, que se habia levantado en seguida de salir Erasmo, se puso á pasear por el aposento inquieto y agitado. Largo rato pasó en esta ocupacion. Por fin, se acercó á su lecho y descorrió las pesadas cortinas que lo cubrian. Entonces fué cuando se desplegaron sus labios para decir:

— Ese hombre es un malvado, y no daría un maravedí por su pellejo. Pero, ayúdeme en mis proyectos y allí se las componga con su conciencia.

VII.

DE COMO NADIE PUEDE DECIR: DE ESA AGUA NO BEBERÉ.

El conde se habia tendido en su cama sin desnudarse, pero sonreía ya el alba cuando consiguió quedarse dormido. Su sueño fué fatigoso y pesado, y hacia ya mucho rato que el sol señoreaba el horizonte, cuando le despertó el ir y venir de los criados por la galería y cierta agitacion que reinar parecía en el castillo.

Incorporóse en su lecho tratando de coordinar sus ideas confusas por el agitado sueño, y acababa apenas de saltar de la cama, cuando entró uno de sus servidores en la estancia.

— ¿Qué sucede Beltran? le preguntó el conde.

— Señor, exclamó el criado, el caballero de La Roca ha muerto.

— ¡Muerto!

Y el conde palideció y vaciló, teniendo que apoyarse en uno de los macizos pilares del lecho para no dar en tierra con su cuerpo.

— Es imposible, murmuró á los pocos instantes.

— Desgraciadamente, señor conde, nada es mas cierto, dijo en esto inclinándose el médico judío que acababa de entrar en la habitacion.

— ¡Ah! exclamó el conde retrocediendo un paso.

— El señor le ha llamado á sí, dijo el médico con hipócrita semblante. Ayer noche, á favor de una pocion calmante que le di, consiguió conciliar un sueño profundo y perfectamente tranquilo, pero esta mañana, ha muerto repentinamente en medio de una convulsion. La gota le ha ahogado.

El conde Arnaldo hizo seña al criado para que se retirase. Cuando se quedó solo con Erasmo, se adelantó á él y le dijo con voz trémula de emocion:

— Sal del castillo para quitarte ese traje: es preciso que todos vean salir al médico judío. Mañana te volverás á presentar. Te aguarda la plaza de mayordomo.

En seguida llamó y presentaronse sus criados.

— Acompañadme ese hombre, les dijo, hasta la puerta. El médico que no ha sabido curar al anciano caballero, no debe permanecer por mas tiempo en su castillo.

Cuando hubieron sido cumplidas sus órdenes, el conde Arnaldo hizo pasar un recado á Dulce por uno de sus pages, pero la damisela, entregada por entero al sentimiento de la muerte de su abuelo, no quiso recibirle.

Comenzó entonces el conde á dar órdenes y disposiciones, y júzguese de la sorpresa y asombro de todos en el castillo, cuando al siguiente dia vieron presentarse á Erasmo, el antiguo escudero del señor de La Roca, al cual, no bien hubo llegado, le concedió el conde la plaza de mayordomo. Erasmo, que en su antiguo em-

pleo era orgulloso, se manifestó en el nuevo insolente, y empezó á despedir, uno tras otro, á los servidores de la casa, dándose tan buena maña, que á los dos dias, toda la servidumbre habia sido cambiada en el castillo.

Por cuatro ó seis veces distintas se habia presentado el conde á la puerta de la habitacion de Dulce, siéndole siempre negada la entrada. La damisela queria dejar correr á solas sus lágrimas. El señor de Mongrony aguardó con la posible calma á que se dignara estar visible para él, pero esto, no obstante, cada dia enviaba á preguntar por su salud, lo menos dos veces.

Así transcurrieron ocho.

A la mañana del noveno, Beltran entró en la estancia del conde y le dijo que la damisela Dulce de La Roca preguntaba si podia concederle una entrevista.

Al momento, contestó el conde. Voy allá, Beltran, di que voy al instante.

— Es que ella está aquí.

— ¿Quién?

— La damisela Dulce.

— ¡Ella!

— Ella misma. Ha venido en persona á hacer esta pregunta.

— ¡Oh! que pase, Beltran, que pase, exclamó el conde atónito.

Dulce entró. El conde no la habia visto desde la violenta escena que habia tenido lugar en la torre. Su semblante pálido hacia traicion, pero por medio de un nuevo encanto, á las emociones que habia experimentado durante aquellos dias su tierno corazon: sus ojos fatigados de llorar, se velaban melancólicos bajo sus sedosas pestañas, un nuevo tinte de dulce tristeza se veía esparcido por su agraciado rostro. Sin vacilar, y con un ademán de majestuosa dignidad, que no tenia sin embargo nada de orgullo, se adelantó hácia el conde Arnaldo, á quien arrojó una penetrante mirada. El señor de Mongrony, cuya conciencia en medio de lo empederada distaba mucho de estar tranquila, se sintió turbado ante aquella mirada interrogadora, cuyo sentido desconocia.

— Señor conde, dijo la damisela con voz dulce y al mismo tiempo firme, vos sois mi tutor, pero como me consta que deseais tener con respecto á mí un título mas tierno, vengo yo misma á adelantarme en vuestros deseos. Hé ahí mi mano.

— ¡Damisela!... balbuceó el conde sin saber lo que le pasaba.

— De esta manera, prosiguió Dulce, evito una accion indigna á un caballero.

— ¡Damisela Dulce!

— ¡Oh! sé que no hubiérais retrocedido ante nada, que toda violencia os hubiera parecido buena para obligarme á ser vuestra esposa. Atreveis si no á negarlo.

Y la mirada de Dulce se clavó severa é interrogadora en el conde. A este le pareció que brotaba fuego de aquellos ojos fijos en él, según el calor que sintió en el rostro. Se calló.

La damisela prosiguió con aquella energía y resuelto ademán que le conocemos.

— Tendria que acabar por rendirme, prefiero capitular. Voy á deciros las dos condiciones con las cuales os otorgaré libremente mi mano, y con mi mano los bienes que codiciais.

En medio de su impudencia, el conde Arnaldo estaba asombrado. No sabia qué decir ni qué contestar á aquella mujer, la cual prosiguió tranquilamente:

— Mi primera condicion es, que luego de habernos unido el sacerdote, vos tengais vuestra habitacion y yo la mia, sin mediar entre nosotros mas relaciones que las que pudiéramos tener hoy mismo.

El conde continuó guardando silencio.

— Mi segunda condicion es con referencia al page Rogerio. Me consta que no ha vuelto á casa de su abuela Amaltrudis, y de seguro sabeis vos dónde se halla. Pediros su libertad ahora, seria inútil. No me la concederíais. Ofrecedme que el dia de nuestro enlace será puesto en libertad, facilitándole los medios para pasar á un pais extranjero.

— Pero, damisela...

— Solo con estas condiciones la damisela Dulce de La Roca otorgará su mano al conde Arnaldo de Mongrony. ¿Aceptais?

— Permittedme antes deciros...

— No debéis advertirme nada, ni nada tengo que escucharos. ¿Aceptais?

— Acepto.

— ¿Me ofreceis que ambas condiciones quedarán cumplidas?

— Os lo ofrezco.

— ¿Por vuestra palabra de honor y vuestra fe de caballero?

— Por mi honor y por mi nombre de caballero.

— Entonces, disponed de mi mano.

— Pues bien, dijo el conde gozoso, mañana mismo la ceremonia nupcial.

— ¡Dejad al menos que se enfrien las cenizas de los muertos! exclamó Dulce con otra mirada que dejó clavado al conde en su sitio.

Y sin añadir mas palabra, se salió de la estancia. A la puerta encontró á Erasmo, que se inclinó profundamente. Dulce volvió el rostro con dignidad, pero sin desprecio.

Cuando la damisela llegó á su habitacion, se dejó caer en un sitial y dió rienda suelta á sus lágrimas largo tiempo comprimidas por la fuerza poderosa de su voluntad. En su propia desesperacion habia buscado su energía y dignidad para llevar á cabo el sacrificio, pero

LAS ELECCIONES EN FRANCIA EN 1869, POR BERTALL.



¿Qué saldrá de aquí dentro?

consumado este, los tiernos sentimientos de su infancia volvían á hacerse lugar en el corazón de la mujer que no hallaba sino en las lágrimas su consuelo y su recurso. Dulce lloró, lloró amargamente, con esas lágrimas de hiel, mudas y silenciosas, que se derraman en el retiro y en la soledad, y aquel llanto fué como un triste y postrimer adiós de sus ilusiones perdidas, á sus días pasados, á sus esperanzas tronchadas en flor. El porvenir se le presentaba á la pobre jóven bien triste, pero sentíase sin embargo con un fondo de valor suficiente para dejarse arrastrar tranquila y firme por la desgracia, como la barca que, perdido su timón y su velamen, se deja llevar por la tempestad.

Por esto es que, cuando vió bajar repentinamente al sepulcro á su abuelo y extenderse para siempre sobre él la fría mortaja, Dulce abrazó de una mirada todo su presente y porvenir y como si los dos hubiesen rasgado el velo que los encubría, los dos se mostraron á los ojos de la damisela con toda su espantosa desnudez y realidad. Dulce entonces, viendo ir hácia ella el peligro, tuvo el magnánimo valor de lanzarse resuelta y osadamente á su encuentro. Conociendo que tendría que ce-

der, como ella misma había dicho, prefirió capitular.

Dulce lloró despues, ya lo hemos dicho, lloró en abundancia y con amargura, pero también se prometió que aquellas lágrimas serían las últimas. Iba á dejar de ser niña para convertirse en mujer, y juró resguardar su corazón con la triple coraza con que se lo envolvían para no sentirse conmovidas las hijas de Ondino, cuando iban á recorrer los campos de batalla para gozarse en los últimos suspiros de sus enemigos.

En cuanto al page, la damisela le juró en el fondo de su alma un eterno recuerdo. Era todo lo que podía hacer. La mortaja que había caído sobre el cuerpo de En Galceran de La Roca, había caído también sobre los tiernos amores de Dulce y de Rogerio.

Llegó el día de la nupcial ceremonia y la halló dispuesta con la muda resignación de la vestal pronta al sacrificio. Se la vistió de blanco y ciñeron su frente con la modesta corona de vírgenes flores. Se dejó vestir, engalanar, ataviar, muda y silenciosa, insensible á todo, pálida como las flores que acababan de prender á su cabeza. Concluido su tocado, se levantó sin decir una palabra, envolviéndose en los anchos pliegues de su niveo

velo, y cruzando leve y sin ruido como una sombra los corredores del castillo, bajó á la capilla donde le aguardaban al pié del altar el sacerdote y el conde Arnaldo. Erasmo era uno de los testigos.

Dulce subió lentamente, pero sin titubear, las dos gradas que debían conducirla al sitio que la reclamaba. Al hallarse frente al conde se inclinó y le preguntó con una voz débil como si exhalara un suspiro:

— ¿Y Rogerio?

— Libre, contestó el conde volviéndose hácia Erasmo, é interrogándole con la mirada como para mayor seguridad de la damisela.

— Y ausente, añadió inclinándose hipócritamente.

Dulce dejó caer el velo de sus pestañas sobre sus ojos, y alargando la mano como hubiera podido hacerlo una estatua de piedra, la depositó, fría y helada como la de una estatua también, en la del conde que se estremeció á su contacto.

Pocos minutos despues la sagrada ceremonia había terminado.

Los espectadores habían creído asistir á un entierro.
(Se continuará.)